

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

LORD FABESHAM



Lectulandia

¡No me cuente más! —rió Brown, sujetándose el vientre con ambas manos—.
¡No me cuente ninguna cosa más como ésas, porque me voy a morir de risa!

Lectulandia

Lou Carrigan

Lord Fabesham

Oeste Legendario - 42

ePub r1.0

Titivillus 05.06.2019

Título original: *Lord Fabesham*
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

LORD FABESHAM

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

—¡No me cuente más! —rió Brown, sujetándose el vientre con ambas manos —. ¡No me cuente ninguna cosa más como ésas, porque me voy a morir de risa!

Bartholomew Nash le miró amablemente, y sonrió.

—Pues no le contaré nada más. Sería una vergüenza para mí matar a alguien... de risa.

Brown, el dueño y encargado del «Golden Hotel», volvió a reír. Lo estaba pasando tremendo con aquel tipo. Hacía mucho tiempo que no reía tanto, ésa era la verdad. Hacía dos días que Bartholomew Nash estaba alojado en su hotel y durante esas cuarenta y ocho horas, Brown no había dejado de reír, prácticamente. Incluso cuando, por las noches, se disponía ya a dormir, recordaba alguna anécdota del forastero, y se liaba a reír, él solo, como un auténtico tonto. Y es que, cuando un tipo es simpático, pues es simpático, y no hay que darle más vueltas al sombrero.

Estaban los dos sentados en la marquesina del hotel, bien protegidos por el tejadillo de aquel sol de cien mil demonios. Brown tenía siempre un par de mecedoras en la marquesina, porque era un hombre sociable, que le gustaba charlar con sus vecinos, y, a veces, pasaba allá muy buenos ratos. En Nueces Valley, un pueblo no demasiado grande, conversar es algo que vale la pena tener en cuenta. O se conversa de algo o se muere uno de aburrimiento... que es peor que morir de risa.

—Le aseguro, señor Nash, que no parece usted un pistolero.

—¿Ah, no?

—Bueno... Quiero decir, cuando habla.

—¿Y cuando no hablo? ¿Qué parezco cuando no hablo?

Brown se quedó un instante mirando fijamente a Nash. Éste era rubio, alto, huesudo y patilargo. Debía tener unos veintiocho años. A pesar de su agresiva barbilla, increíblemente puntiaguda, Nash no tenía aspecto de pependenciero. Sonreía mucho, y entonces, sus grises ojos parecían los de un niño estupendo, con la cabeza llena de ideas amables. Lo malo era aquel

revólver, tan bien engrasado siempre, tan limpio, tan bajo sobre el muslo derecho; la funda se sujetaba a la pierna por encima de la rodilla, con una fina tira de piel. Cuando se miraba aquel revólver y el modo en que Bartholomew Nash lo llevaba, uno se preguntaba si aquella sonrisa siempre amable no significaba que Nash le estaba tomando el pelo, quizá esperando la ocasión de meterle una bala, en cualquier rincón del cuerpo... y luego continuar sonriendo.

—No he querido molestarle —musitó Brown.

—¡Claro que no me ha molestado! Usted, señor Brown, es pequeño, regordito y calvo, y por eso me cae bien. Me gusta la gente que cabe en un espejo... Apuesto a que usted se ha visto más de una vez, de cuerpo entero, en un espejo.

—Pues... sí. Claro, alguna vez.

—Pues yo no he podido conseguirlo. O me faltaba espejo por arriba, o me faltaba espejo por abajo. La verdad es que tengo ganas de verme entero, pues me pregunto qué me corto, si la cabeza o la mitad de las piernas.

—Está usted bien así —volvió a reír Brown—. Yo de usted, desde luego, no me cortaría nada.

—Hum... Es posible que siga su consejo, señor Brown. Pero, dígame: ¿qué parezco cuándo no hablo?

—Bueno... La verdad es que parece un pistolero, señor Nash. Quiero decir que quizá sea usted un rural, por ejemplo... Bueno, alguien que sabe usar muy bien el revólver.

—¡Un rural! —exclamó Nash—. Santo cielo, señor Brown, si le oyen los rurales decir eso, nos van a colgar juntos. Y hablando de rurales, recuerdo una historia la mar de divertida que me pasó una vez... Fue en Amarillo. ¿Se moriría de risa si se la cuento?

—No sé —rió Brown—... ¡Pero hagamos la prueba! ¿Un cigarro?

—Hombre, se agradece...

Brown invitó a Nash a fumar, y el tejano encendió con evidente placer el negro y retorcido cigarro, que, ya quemado, resultó oler estupendamente, y ser mucho más aceptable. Estaban muy bien allá los dos, viendo el sol, la tranquila calle casi vacía. De cuando en cuando movían las mecedoras, balanceándose alegremente. Y cuando no hacían chirriar las mecedoras, casi se oía el zumbido de moscas y tábanos.

—¿Qué le pasó en Amarillo?

Bartholomew Nash dejó de mirar hacia la punta Norte de la calle, allá adónde se veía aquella nube de polvo que se iba acercando. Se quedó unos

segundos mirando luego la brasa del estupendo cigarro y sonrió bajo el influjo de sus recuerdos.

—Verá... Yo había terminado un pequeño trabajo cerca de Amarillo, de modo que me dije que sería buena una temporada de descanso... Como ahora, ¿comprende? Uno hace su trabajo, cobra sus buenos dólares, y entonces es bueno tomarse un descanso, en un buen hotel, comiendo en mesas con tenedor y cuchillo y durmiendo en una cama de verdad. Y hablando de camas... No. Esa historia no se la cuento.

—¿Por qué no?

—¿Cuántos años tiene usted, señor Brown?

—Sesenta y dos.

—Demasiado joven para escuchar mi historia de una cama en la que... No, no. Demasiado joven.

Brown volvió a reír. Se estaba muy bien allí.

—Está bien, cuénteme lo de Amarillo, al menos.

—Ah, sí. Pues veré... ¡Mi madre! ¿Qué es eso?

Nash se había enderezado bruscamente en la mecedora, y miraba con expresión atónita hacia el Norte. La nube de polvo se había acercado muchísimo y se veía, dentro de ella, a cuatro jinetes, que cabalgaban detrás de una hermosa calesa cerrada, ya muy cerca del hotel. Brown respingó ante la exclamación de Nash, y miró con toda atención. Cuando ya la comitiva de cuatro jinetes y la calesa estaban casi delante mismo de su hotel, comprendió el asombro de Bartholomew.

—Demonios —farfulló—... ¡Ésta es buena!

—¿Estaremos soñando?

Pero no. No estaban soñando. Todo aquello era tan cierto como la presencia del sol de cien mil demonios. En el pescante de la calesa había un negro enorme, de cabellos completamente blancos; parecía que llevase una pequeña nube blanca en la cabeza. Mas no era esto lo asombroso, sino los cuatro jinetes. Todos vestían con levita, pantalón a rayas negras y grises muy finas, zapatos, botines, camisa blanca con chalina al cuello... y llevaban sombrero hongo.

—¡Atiza, qué espectáculo...! ¡Debe ser una broma para alguien! ¿no le parece, señor Brown?

Éste no podía hablar; estaba mudo de asombro, realmente. Los cuatro jinetes, además de vestir tan correctamente, tan poco de acuerdo con el lugar y clima, daban la impresión de una pandilla de monos enfurruñados. Sus ropas eran buenas y elegantes, pero sus caras no encajaban. Cuatro rostros

torvos, oscuros, barbudos, malignos, que parecían congestionados por el apretón de la chalina, o de la camisa Completamente cerrada y abotonada. Esos rostros, y los revólveres que llevaban aquellos hombres en la cintura, los convertían en personajes grotescos a más no poder.

—Apuesto a que esos tipos están ahí dentro igual de cómodos que un pavo en un horno. De un momento a otro, o revientan los trajes o revientan ellos. ¿No es divertido, señor Brown? Parecen tipos de esos que nunca se lavan las orejas, pero llegan aquí convertidos en un modelo de elegancia... Es como vestir con sedas a una mofeta, ¿no le parece?

—Lo que me parece es que son... gente peligrosa, señor Nash.

Éste sonrió amablemente, con una chispita de burla en los ojos. Iba a hacer un comentario, pero lo que hizo fue lanzar otra exclamación.

—¡Cáscaras! —casi aulló ahora—. ¿Y eso otro que puede ser?

El negro había saltado del pescante, y había abierto la portezuela de la calesa. Inmediatamente, se apeó un hombre, que causó, muy merecidamente, el asombro y admiración de Nash y Brown. Este tipo era diferente a los otros. Sus ropas parecían iguales, pero era algo mayor, tenía el rostro menos bronceado, bien afeitado, y sus modales y soltura de movimientos indicaba claramente que él sí se encontraba cómodo dentro de aquellas ropas. Además de todo esto, su sombrero no era hongo, sino de copa. Un altísimo, negrísimo y brillantísimo sombrero de copa, que relucía increíblemente al sol.

—Atiza —musitó Brown—... ¡Atiza!

El hombre del sombrero de copa se había vuelto hacia el interior del coche, y mientras el negro sujetaba la portezuela, él tendió su diestra. Apareció una mano pequeña, enguantada, que él tomó delicadamente. Luego apareció un sombrero con plumas, una falda de mujer, se vio un pie diminuto... Ayudada por el caballero del sombrero de copa, la mujer puso por fin sus pies sobre la capa de polvo, y miró a todos lados, con expresión desolada. Bartholomew Nash y Brown estaban ahora mudos de nuevo, y parecía que para siempre.

El hombre era atractivo, elegante, de rasgos correctos, ojos azules... Un gran ejemplar. Pero la dama todavía resultaba más llamativa, más elegante, más exquisita. Él debía tener unos cincuenta años, y ella cinco o seis menos. Una pareja sensacional, increíble, pasmosa.

Pero todavía faltaba lo mejor. El hombre del sombrero de copa volvió a tender su diestra, y otra mano femenina apareció en el hueco de la portezuela. Cuando aquella personita apareció, Bartholomew Nash tuvo la sensación de que todos los ángeles del cielo se ponían a tocar sus trompetas, a la vez,

dentro mismo de su cabeza... Aunque, para ángel, el que tenía delante de sus atónitos ojos.

La muchacha no podía tener más de veinte años, era rubia, y sus ojos dorados parecían estar llenos de luz. Bartholomew pensó que el sol estaba haciendo el ridículo: era como si, de pronto, hubiera dejado de brillar allá en lo alto. El pobre Bartholomew pensó que ya estaba muerto, pues sólo los muertos, bien sabido es, pueden ver a los ángeles. Si la pareja de personas anteriores era notable por su postura, su elegancia, su exquisitez, la muchacha de los ojos dorados era algo absolutamente fuera de toda ponderación, ganándoles en todo: en belleza, en elegancia, en distinción... Y, sobre todo, en dulzura. Tenía la boquita alargada, llena, fresca como una flor, y ahora se estiraba en una tímida sonrisa. Estando ella allí, lo demás desaparecía: los tipos del sombrero hongo, el del sombrero de copa, el gigantesco negro con una nube blanca en la cabeza, la otra dama...

Sólo quedaba ella en el mundo.

—Santo Dios, señor Nash... ¿La está viendo usted?

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Cuándo...? ¿Qué...? ¿A quién...?

—A esa chica... ¿La ve usted?

—¿Qué chica? Yo sólo veo un ángel... ¡Vivan los ángeles!

Había alzado la voz, y todos le miraron, cada uno a su manera. La dama de más edad, con cierto disgusto; el negro, como asombrado; el tipo del sombrero de copa, fríamente; los cuatro tipos con sombrero hongo, con cierto reflejo amenazador en sus ojos; y la muchacha, como sobresaltada. Ella fue quien más rato lo estuvo mirando, parpadeando, sorprendida al parecer. Apenas tres segundos... y Nash pensó que aquello sucedía cuando uno se moría y veía ángeles, era una lástima no poder morir más de una vez.

El tipo del sombrero de copa subió al porche, abrió la puerta del hotel, y cedió el paso a las damas. Los tres pasaron junto a Bartholomew y Brown sin mirarlos. Cuando la chica desapareció dentro del hotel. Nash pensó que lo mejor que podía hacer era morirse, y así no estaría tan triste y solo en la vida.

Los cuatro pistoleros disfrazados de gente elegante, y el negro, estaban descargando el equipaje, rápidamente. Un equipaje abundante, que precisó del concurso de todos para ser trasladado al hotel... La calle estaba ahora mucho más concurrida, y los curiosos comentaban excitadamente la llegada de tan extraordinarios personajes. Cuando el último de los tipos con sombrero hongo hubo entrado en el hotel, Nash se quedó mirando a Brown.

—Seguramente, están buscando alojamiento —dijo.

—Claro...

—Y como esto es un hotel...

—Naturalmente. Eso es un hotel.

—Eso es. Me gustaría saber quién va a atenderlos ahí dentro.

—Pues el encargado del hotel... ¡Hey! ¡Ése soy yo!

Brown pegó un bote en la mecedora, y se precipitó dentro del hotel, tropezando en todas partes. El hombre del sombrero de copa ya estaba golpeando suavemente el timbre, y lo miró fríamente cuando el precipitado Brown se colocó ante él, al otro lado del mostrador.

—¿En qué puedo servirle, señor? —casi tartamudeó.

—Soy Lord Fabesham —dijo el elegantísimo caballero, colocando el sombrero de copa sobre el mostrador—. Quiero alojamiento para todos. Dos *suites* y cuatro dormitorios corrientes. Las dos *suites* deberán estar orientadas a la calle, y espero que estén limpias y bien amuebladas. Con baño, naturalmente. Cuando nos hayamos aseado, le daré instrucciones respecto al almuerzo. Mientras tanto, se ocupará de mi coche, y de los caballos. No es necesaria habitación para Jeremiah —señaló al negro—: él dormirá en la calesa. Espero que se preocupe inmediatamente del agua caliente... ¿Debo firmar en algún sitio?

—Despierte, señor Brown —rió Bartholomew, en la puerta.

Brown sacudió la cabeza, mientras los demás miraban a Nash, que fumaba placenteramente, apoyado en el quicio de la puerta por un hombro.

—¡Oh, sí! —exclamó Brown—. Haremos lo posible por acomodarlos a todos, señor Fabesham. Les...

—Lord Fabesham —corrigió secamente éste.

—Sí, eso he dicho: señor Fab...

—Lord Fabesham. Lord, no señor a secas.

—Pe-pero... no entiendo... ¿Le gusta a usted que le llamen por el nombre y apellido, señor?

Uno de los tipos con sombrero hongo se adelantó, y asió a Brown por la camisa, rudamente.

—Escuche, hotelero imbécil —masculló—: está hablando con Lord Fabesham. Y Lord, no es un nombre, sino un alto tratamiento de respeto que usted no va a olvidar ya jamás. ¿Entiende?

—Si... Sí señor, si... Sí, Lord...

—¡Yo no soy Lord! ¡El lord es él, no yo! ¡Estúpido!

—Déjalo Howard. Es un pobre ignorante, solamente —dijo Lord Fabesham.

Howard lanzó un gruñido, y empujó a Brown contra la pared del fondo, donde el pobre hombre rebotó espectacularmente, casi cayendo de rodillas. Bartholomew frunció el ceño un instante, y apretó con más fuerza el cigarro que tenía entre los dientes. Pero enseguida recuperó su sonrisa... aunque un tanto fría. Brown recuperó al fin el equilibrio, y empezó a recoger llaves, tras colocar el libro registro ante Lord Fabesham. Hecha la anotación, el Lord se volvió, y señaló las escaleras a las dos damas.

—Con cuidado, queridas —aconsejó—: este lugar no parece muy seguro.

Brown se apresuró a pasar delante, dispuesto a mostrar todo el hotel si era necesario a los sorprendentes viajeros. Desde la puerta, Bartholomew los vio subir a todos. Luego, todavía sonriendo, encogió los hombros, y regresó a su mecedora.

Arriba, Brown mostró las habitaciones que pensaba destinar a sus huéspedes. Al parecer, las cuatro que ocuparían los tipos del sombrero hongo estaban bien; no hubo reparos. Pero si los hubo en la que el hotelero mostró para la señorita Fabesham.

—No, no —dijo secamente Lord Fabesham—... Usted no ha entendido. Mi esposa y yo tomaremos una *suite*, y Ofelia tomará otra. No esta habitación.

—Es que... sólo hay dos *suites* que den a la calle, sen... Lord.

—Muy bien. Con dos tenemos suficiente.

—Bueno, yo... Verá usted... Una de esas *suites* está ya ocupada, Lord.

—Pues desocúpela.

—Pero es que... No es posible... No puedo hacer, eso, Lord.

—Yo creo que sí puede hacerlo. Es fácil: recoja usted el equipaje de esas personas y sáquelo de la *suite*. Eso es todo. Puede acomodar a esas personas en otros dormitorios. Si protestan, dígalas que nosotros nos quedamos con la *suite*, y que les pagamos su estancia en el hotel. Esperamos que pueda convencerlas. No queremos ser molestados bajo ningún pretexto.

—Pe-pero se... Lord, no puedo hacer eso, le ruego que lo comprenda, por favor. El cliente está pagando su alojamiento, y mucho me temo que no aceptará el cambio. Cuando él se aloja en un hotel, dice que quiere lo mejor del hotel. Y si le cambiamos de lugar, puede... enfadarse.

—Entonces, en lugar de cambiarlo de lugar en el hotel, lo cambiaremos de hotel. Que se vaya a otro. Howard, Sitter, saque el equipaje de ese... caballero a la calle. Así lo entenderá mejor. ¡Vamos!

—Enseguida, Lord —sonrió Howard.

—Yo... yo creo que no es necesario, tío Conrad —musitó la muchacha angelical—... Puedo dormir en una habitación cualquiera. Al fin y al cabo, sólo serán unos pocos días...

—¡Cómo! —exclamó incrédulamente Lord Fabesham—. ¿Estás hablando en serio, querida? Oh, vamos, vamos... No vamos a dejar que un tipo cualquiera esté en la *suite* mientras tú ocupas un dormitorio vulgar... ¡De ninguna manera!

—Pero es que ése hombre tiene derecho a estar en la *suite*, ya que llegó antes que nosotros. Al menos, podríamos pedírselo de un modo correcto. Quizá sea tan amable de querer cambiar.

Lord Fabesham frunció pensativamente el ceño, y miró a Brown.

—Cuando venga ese hombre, ese cliente suyo, dígame que lo veré en el comedor más tarde, y que si le parece, para entonces deberá haber desalojado ya su *suite*... por favor.

—Ese hombre está en el hotel, se... Lord. Es el que estaba conmigo en el porche cuando han llegado ustedes.

—¿De veras? ¿Ese harapiento ocupa una *suite*?

—Bueno, no es precisamente un harapiento, Lord Fabesham. Lo que pasa es que viste... de modo diferente a ustedes.

—No le pediré ningún favor a un hombre como ése. Y espero que no insistas, Ofelia. Howard, Sitter: desalojen esa *suite*.

—Miren que se va a armar una buena —gimió Brown—... El señor Nash no es de los que aceptan imposiciones... Es muy simpático, y si se lo piden por favor, quizá acepte. Pero a las malas...

—Déjame que se lo pida yo, tío Conrad —suplicó la muchacha.

—¿Tú? ¿Tú pedirle nada a un andrajoso? ¡No se hable más del asunto! Recojan las cosas de ese hombre y sáquenlas a la calle. Eso es todo.

Ofelia Carrington se quedó inmóvil, un poco pálida, mordiéndose los labios. Pero era evidente que no la escucharía más. En menos de veinte segundos, Howard y Sitter desocuparon la *suite*. Les fue facilísimo, ya que sólo tuvieron que sacar un petate, un par de botas viejas y un rifle Winchester de doce tiros en repetición.

Lord Fabesham sonrió despectivamente al ver el equipaje de Bartholomew Nash.

—Tiren a la calle esa basura —ordenó, con sequedad—. Y háganlo de modo que su propietario se dé cuenta; espero que comprenda que no tiene ya sitio en este hotel. Según nos informaron es el mejor del pueblo, y no vamos a compartirlo con gente como él. A la calle con eso, Howard, Sitter.

—Inmediatamente, Lord.

Los dos se fueron escaleras abajo, y Brown, muy pálido se llevó las manos a la cabeza. A lo peor, al señor Nash, no le gustaba que tirasen su equipaje a la calle.

CAPÍTULO II

Bartholomew Nash se quedó atónito, con la boca llena de humo, cuando identificó aquello que había salido por la puerta del hotel, y había caído sobre el polvo de la calzada. Y todavía atónito, se levantó, bajó del porche, se inclinó, y se convenció de que, efectivamente, aquello eran sus cosas.

Se volvió entonces hacia la puerta, y se quedó mirando a los dos gorilas disfrazados con sombrero hongo. Miró también sus revólveres, muy bajos en el muslo, y sus ojos irónicos, fijos en él. Conocía aquella clase de tipos, desde luego. Aunque se pusieran una docena de sombreros hongos o de copa, no eran más que unos pistoleros de alquiler. Aproximadamente, como él mismo..., salvando diferencias, claro.

—Búsquese otro hotel —dijo Howard—. Éste está lleno.

—Eso es —aseguró enfáticamente Sitter—: éste está lleno.

—Pues no lo sabía —sonrió amablemente Nash—. Pero enseguida son tan amables de informarme, seguiré su consejo. ¿Les importa que entre a pagar mi cuenta?

—Lord Fabesham se encargará de eso. Y ahora... ¡largo!

—Como ustedes digan... Oh, voy a recoger una carta que tengo, en el mostrador. ¿Les importa?

—Recójala y márchese de una vez.

—Gracias —sonrió Nash—... Son ustedes muy amables y comprensivos.

Subió al porche, con el cigarro todavía entre los dientes. Los dos pistoleros con sombrero hongo se apartaron, uno a cada lado, para cederle el paso. Sin inmutarse, Nash se quitó el cigarro de entre los dientes, con dos dedos muy estirados, y, de pronto, lo clavó, por la brasa, en la boca de Howard, que lanzó un chillido, y al querer saltar hacia atrás, se dio de cabeza con el marco de la puerta. Sitter tampoco tuvo demasiada suerte. Aún estaba chillando Howard cuando el codo izquierdo de Nash se clavó en el estómago de Sitter, mientras el puño derecho de Nash salía disparado hacia su barbilla, adivinando el lugar donde estaría ésta cuando Sitter se inclinase. Y vaya si lo adivinó. Fue un rechazazo tremendo, espantoso, que hizo crujir la mandíbula

de Sitter y los dedos de Nash. Sitter giró la cabeza como si se la estuvieran desenroscando, su cuerpo siguió aquella ferocísima torsión, y salió disparado de lado, volando por el porche, hasta caer desvanecido en una de las mecedoras, volcándola, mientras el sombrero hongo se alejaba rodando por la acera de tablas.

Pero, evidentemente, Bartholomew Nash no se entretuvo en contemplar todo esto. Puede decirse que aún su puño derecho estaba crujiendo en la barbilla de Sitter cuando el izquierdo se le cruzaba, en dirección opuesta, haciendo girar la flexible cintura de Nash, que, medio doblado, hundió aquel puño en el estómago de Howard cuando éste, rugiendo furiosamente, había sacado ya su revólver. Fue un trastazo tan brutal, que Howard quedó fulminantemente doblado en dos, con tal rapidez que, el sombrero se quedó en el aire. Cayó de rodillas, y eso fue una tontería, porque toda su torva caraza quedó delante de las rodillas de Nash, que no pudo resistir la tentación. Un punterazo en pleno rostro envió a Howard fuera del porche, donde quedó, hundido en el polvo, con la cabeza metida de lleno en aquella especie de harina dorada.

Bartholomew sacudió sus manos, y luego se echó el aliento en los nudillos, especialmente en la derecha.

—Demontres —masculló.

Resoplando, fue a recoger sus cosas, que colocó cuidadosamente en el porche. Luego, asió a Sitter por los cabellos, y lo arrastró hasta el abrevadero; allí, lo alzó sujetándolo todavía por los cabellos y por el fondillo de los pantalones. Los curiosos lanzaron una carcajada colectiva cuando el elegante pistolero se hundió en el agua. Y segundos después, Howard seguía la misma suerte, ambos sin sus revólveres. Los dos se sentaron rápidamente en el abrevadero, bufando, sacudiendo la cabeza, y por fin se quedaron mirando a Nash, que, con los dos sombreros hongos, estaba recogiendo boñigas de caballo de la calle.

Con los dos sombreros llenos de excremento de caballo, Nash se acercó al abrevadero, sonriendo.

—Lamento el contratiempo que han tenido —sonrió, con el candor de un niño—... ¿Me permiten que les devuelva sus sombreros?

Los dos pistoleros a sueldo miraron las boñigas que había dentro de los sombreros, mientras la gente lanzaba otra carcajada. Salieron del abrevadero, y parecían dispuestos a dirigirse hacia el hotel cuando Nash insistió:

—Caballeros: les ruego que tomen sus sombreros... y se los pongan.

Howard y Sitter comprobaron que estaban desarmados. Al mismo tiempo, la sonrisa desaparecía del rostro de Bartholomew Nash, y sus ojos se entornaban, su cabeza se ladeaba... Por entre los párpados, Howard y Sitter pudieron ver claramente aquel fulgor en las grises pupilas. Entonces, tomaron cada uno un sombrero y se lo pusieron. Esta vez, la carcajada fue como un alarido que resonó en todo Nueces Valley.

—Y ahora, caballeros —recuperó Nash su sonrisa—, van a ser tan amables de cargar con mi equipaje. Me propongo dejarlo donde estaba. ¿Lo han entendido? —hizo chascar los dedos—. ¡Así de deprisa!

Sitter y Howard recogieron el equipaje de Nash, y entraron en el hotel. Brown, que bajaba la escalera entonces, palideció al ver la escena, notando al mismo tiempo, en el fondo, una extraña alegría.

—Hola, señor Brown —sonrió Nash—... Parece que ha habido un error que vamos a arreglar ahora. ¿Dónde están los otros caballeros?

—Pues cada... cada uno en su habitación, arreglando sus cosas... Por favor, señor Nash, le suplico...

—No se preocupe. Su hotel seguirá en pie. Caballeros: a mi *suite*. ¡Así de deprisa!

Hizo chascar nuevamente los dedos, y Howard y Sitter, sombríos, con los ojos brillando de odio, iniciaron el ascenso por la escalera. Poco después, Bartholomew abrió la puerta de su *suite*, y señalaba hacia dentro.

—Ya lo saben: donde estaba y como estaba, señores.

Entraron los dos, sin mirar a Ofelia Carrington, que a su vez los miraba sobresaltada. Pero pronto dejó de atenderlos a ellos, para volver sus dorados ojos hacia el tipo de la puerta.

—Esas cosas no se hacen, señorita —dijo amablemente Nash—. No es correcto. ¿O sí?

Ella movió negativamente la cabeza.

—No señor... No es correcto.

—Celebro que lo comprenda, de veras —Nash entró en la *suite*, mirando de reojo a Sitter y Howard—. En cambio, yo no comprendo, por qué pensando usted así, hizo tirar mis cosas a la calle.

Se volvió hacia la puerta, vivamente, al oír las pisadas en el pasillo. Lord Fabesham apareció enseguida, acompañado de su esposa, la bella aunque ya otoñal Lady Fabesham.

—Fui yo quien dio esa orden —dijo altivamente Lord Fabesham.

—Ah... ¿Y con qué derecho, señor?

—Soy Lord Fabesham.

Entró en la *suite*, con su esposa siempre al lado. Nash lo miraba de arriba a abajo, y frunció el ceño.

—¡Toma...! Y yo soy Bartholomew Nash. ¿Qué hay con ello, tío raro?

Lord Fabesham enrojeció violentamente.

—¡Salga en el acto de aquí! —ordenó—. Y le aviso que si vuelve a molestarme, mis hombres harán con usted algo más que tirar su equipaje a la calle. ¡Recoja esas porquerías y márchese ahora mismo!

Rumsey y Wallen, los otros dos pistoleros con sombrero hongo, aparecieron en la puerta, belicosamente. Pero Fabesham les hizo una señal, y quedaron en el umbral, mirando torvamente a Nash, que parecía pensativo.

—Oiga, chiflado —dijo al fin—. Si lo que quiere es que le meta una bala donde lleva el sombrero de copa, dígallo con más claridad. ¿Qué demonios le pasa a usted? ¿Cree que es el amo del mundo, quizá? Si eso piensa, está equivocado. Un pedacito de mundo es mío, y yo estoy ahora en él. No soy yo quien debe salir de aquí.

Ofelia Carrington se adelantó hacia Nash.

—Tiene usted razón, señor —musitó—. Recogeré mi equipaje y le cederé su *suite*. Siento haberlo molestado. Y perdone a tío Conrad. El siempre... quiere arreglar las cosas a su manera.

—Pues yo también las arreglo a la mía, así que, ¡hala!, todo el mundo fuera de mi *suite*. Claro que —guiñó un ojo— si usted quiere quedarse, por mí encantado. Me hará compañía.

El sonrojo violentísimo de Lord Fabesham aumentó bruscamente, pero, aun así, no fue nada comparado con el tono carmesí que inundó las mejillas de Ofelia Carrington, que pareció a punto de desmayarse.

—¡Sáquenlo de aquí! —gritó Fabesham—. ¡Echen a este hombre a la calle inmediatamente!

Los dos pistoleros de la puerta movieron las manos hacia sus revólveres, pero, para entonces, el de Nash estaba ya en su diestra, firmemente empuñado, mientras la izquierda quedaba plana sobre la cabeza del percutor.

—Poco a poco, muchachos —susurró—. Será mejor que lo piensen bien antes de volver a meterse conmigo. Puedo ser una persona muy molesta. ¿Creen que me impresionan porque vayan disfrazados? ¡Menuda gracia tienen ustedes con esos sombreros redondos! O sea, qué me dan risa, no miedo. Así que, muchachos, ¡a fanfarronear a otro sitio! ¡Fuera todos!

—Le va a pesar esto —aseguró Lord Fabesham.

—No sea tonto, hombre —rió quedamente Nash—. Usted se viene nada menos que a Tejas con cuatro monos con sombrero y cree que sólo tiene que

abrir la boca y todo es suyo. Pues no señor. Al menos, no es suyo lo de Bartholomew Nash.

—Déjalo, querido —dijo Lady Fabesham—... Ofelia ya dijo que hola importaba quedarse sin la *suite*, así que no vale la pena escuchar más groserías de este hombre.

Nash desvió la mirada hacia la todavía sonrojada Ofelia.

—¿De modo que el angelito no quería la *suite*?

—Ella quería pedírsela por favor —replicó Fabesham—, pero me alegro de habérselo prohibido. Usted no es digno ni siquiera de escucharla. Conozco bien a la gente.

—Usted no distingue un caballo de un ciempiés, amigo —rió Nash—. Pero eso es cuenta suya. Oh, y ahora que pienso... —miró a Lady Fabesham—. ¿Sabe usted, señora, que tiene razón? Soy un grosero, pues no me he descubierto ante una dama —se quitó el sombrero, dejando escapar su rubia melena—... ¿Está contenta ahora?

Naturalmente, Lady Fabesham no se molestó en contestar. Tomó de la mano a Ofelia, y ambas se disponían a salir de la *suite* cuando Nash dijo:

—Pero no soy yo el único grosero. Vean a sus dos chicos. Permanecen cubiertos. Y eso no está bien. A ver, ustedes dos: saluden a las damas. ¡Háganlo!

Les apuntó ostensiblemente con el revólver, y Howard y Sitter, pálidos como muertos, se quitaron lentamente los sombreros, dejando escapar una lluvia de estiércol desde lo alto de sus cabezas hacia todo el rostro. No fueron los únicos que quedaron pálidos, ciertamente.

—¡Anda, caramba! —exclamó Nash—. ¡Si serán gorrinos! ¡Vaya un sitio de llevar su comida! Venga, recojan eso y salgan de aquí. Tiene que ser antes de que cuente cinco, pues de lo contrario, empezaremos todos a disparar. Uno... Dos...

Cada vez más pálidos, Sitter y Howard recogieron las boñigas desmenuzadas, y salieron de la *suite*. El último en salir fue Lord Fabesham, que se detuvo en el umbral y miró fijamente a Nash.

—Será mejor que se cuide —musitó.

—Llevo veintiocho años cuidándome. Ya he tenido tiempo de aprender, ¿no le parece? Y si vuelve a amenazarme, le partiré la cara a golpes de revólver. Usted llega aquí, tira mis cosas a la calle, cree que todo es suyo, y encima me amenaza... Creo que está loco. O eso, o no conoce usted a Bartholomew Nash, señor.

—Tampoco usted conoce a Lord Fabesham.

—Prefiero conocer a la sobrina... ¿Cree que a ella le gustaría dar un paseo conmigo?

Fabesham alzó la barbilla, dio media vuelta, y salió de la *suite*. Segundos después, entraba en la habitación de Howard, donde, según parecía, éste le esperaba, acompañado de Sitter. Los otros dos, Wallen y Rumsey, también estaban allí. Los cuatro, sombríos, hoscos, conteniendo muy mal su rabia.

Lord Fabesham los miró, uno a uno, con gesto agrio, despectivo.

—Señores —dijo de pronto—: les estoy pagando a ustedes cincuenta dólares a cada uno a la semana para que cumplan mis órdenes, no para que fracasen en cosas tontas...

—Ese tipo es tan peligroso como nosotros mismos —masculló Howard.

—¿Y qué? Ustedes están contratados para hacer un trabajo... de advertencia, pero si han de actuar, tienen que hacerlo bien. Dentro de unos días, toda esta gente de la región se va a molestar mucho conmigo por lo que voy a hacer... Pues bien: para entonces, ustedes tienen que haberlos convencido a todos de que es mejor no molestar a Lord Fabesham. Cuando llegue el momento, nadie ha de atreverse a molestarme. Y para eso es fundamental que respeten mi fuerza. Y mi fuerza son ustedes, así que demuéstrenlo desde un principio: maten a ese hombre.

—¿Cuándo? —musitó Sitter.

—¡Cuándo! —bufó Fabesham—. ¡Vaya una pregunta estúpida! Quiero que lo maten, eso es todo. Háganlo cuando quieran y como quieran, pero háganlo. Y cuando antes, mejor. Cuando está noche me retire a descansar, quiero que ese Bartholomew Nash esté ya en la funeraria, en una caja negra... ¿Me he explicado?

—Sí, Lord Fabesham.

—Pues eso es todo.

CAPÍTULO III

A media tarde, después de dormir una buena siesta, Bartholomew Nash se hallaba de nuevo en su sitio favorito: el porche del hotel, gozando de la mecedora, y de la simpática compañía de Brown, que se había convertido en su más ferviente admirador. Brown lo había invitado a cerveza, y ahora, en una mesita entre las dos mecedoras, tenían dos jarras, pedidas a la cantina más próxima. Lucía un bonito sol, la tarde era apacible, y se estaba tremendamente bien allí. De cuando en cuando Brown reía solo, al recordar aquello que Nash le había contado de que los tipos de sombrero hongo utilizaban para llevar la comida... ¡Una comida a base de excrementos de caballo! ¡Aquélla sí que había sido una buena broma!

Y así estaban, tan tranquilos, cuando en el porche aparecieron Lord y Lady Fabesham, seguidos de los cuatro tipos con sombrero hongo. Pasaron junto a ellos sin saludar, sin mirarlos siquiera. Era talmente como si Brown y Nash no estuvieran allí. Brown los vio dirigirse hacia la plaza, pensativamente. Por fin, comentó:

—No son muy agradables, ¿verdad, señor Nash?

—Bueno... Depende. De vista si son agradables. Pero en cuanto abren la boca lo echan todo a perder. Son de esa clase de gente que consideran que el mundo es suyo, y que los demás somos su rebaño.

—¡Exactamente! —aprobó el hotelero—. Así son esa gente. ¿Qué demonios debe ser eso de Lord? Uno de los pistoleros dijo que era un tratamiento, o algo así...

—Pues no sé exactamente... Pero lo averiguaré para usted, señor Brown.

Éste se quedó mirándolo, sin comprender, mientras Nash bebía otro trago de cerveza. Luego, se puso en pie, y sin más saludo que tocarse el ala del sombrero con los dedos, entró en el hotel.

Poco después llamaba a la puerta de una de las habitaciones del piso alto. Casi enseguida oyó la voz angelical:

—¿Quién es?

—Lord Bartholomew —sonrió el pistolero.

La puerta se abrió, y el rostro de Ofelia Carrington apareció en la estrecha ranura. Nash volvió a oír dentro de su cabeza miles de trompetas, pero consiguió mantenerse sereno. Todo lo malo que podía ocurrirle era desmayarse ante tanta belleza, ante el brillo de aquellos ojos dorados, y la dulzura de aquella boquita sonrosada...

—¿Puede recibirme, señorita?

—¿Qué desea usted?

—Pedirle disculpas.

Ofelia Carrington abrió mucho los ojos, y la boquita. De pronto, se apartó, acabando de abrir la puerta.

—Creo que soy yo quien debería pedirle disculpas a usted, señor Nash.

—Son puntos de vista. ¿Puedo pasar?

Ofelia se sonrojó ligeramente.

—Es que... estoy sola.

—Lo sé. Por eso he subido. Sin embargo, si teme algo de mí...

Ofelia vaciló sólo un instante más. Acabó de apartarse del umbral, y Nash entró en el cuarto. Se volvió hacia ella quitándose el sombrero, casi riendo al ver la expresión de la muchacha.

—No se asuste —miró hacia arriba—: yo no llevo cosas debajo del sombrero. Solamente mi cabeza. Comprendo que aquello fue una broma de mal gusto, pero a veces tengo esas ocurrencias.

—Fue... muy desagradable.

—Sí, lo admito. Bien, señorita, he venido a decirle que puede usted ocupar mi *suite* cuando guste.

—¡Oh!

—¿La he sorprendido?

—Sí, un poco... ¿Se marcha usted de Nueces Valley, señor Nash?

La muchacha parecía bastante decepcionada, pero, en el fondo, debía considerar la cuestión como algo lógico. Cuatro hombres contra uno eran demasiados, y habiéndolo comprendido así, el señor Nash, decidía poner tierra de por medio, prudentemente, en evitación de males mayores. Un comportamiento muy sensato... pero decepcionante.

—No. Desde luego qué no me marché del pueblo, estoy muy bien aquí. Lo que ocurre es que entiendo muy bien que usted quería pedirme la *suite* por favor, y que si no lo hizo fue porque se lo prohibieron. Así las cosas, le diré que a mí nadie me quita nada sin atenerse a las consecuencias. Al mismo tiempo, voluntariamente, yo regalo lo que sea. Puede usted ocupar mi *suite* cuando guste, señorita Fabesham.

—Oh, no... Mi apellido aquí es Carrington.

—¿Aquí? No comprendo.

—No... no importa...

—Supongo que son cosas de su tío.

—No, es mi...

La muchacha se calló bruscamente, pero la frase ya estaba en marcha.

—¿No es su tío? —musitó Nash.

—Es mi tutor.

—Ah... Bueno, sea como sea, debo decirle que Lord Fabesham no es persona precisamente grata. ¿Piensan quedarse muchos días en Nueces Valley?

—Vamos a quedarnos definitivamente.

—¿De veras? Bueno, en ese caso quizá sería mejor que comprasen una casa, ¿no le parece?

—Ya la tenemos comprada. Tío Conrad la compró hace tiempo... Es un gran rancho, fuera del pueblo. Le aseguraron a tío Conrad que hay muy buenos pastos en estos lugares, y como las cosas parece que no nos iban bien en Inglaterra, nos vinimos aquí.

—¿Inglaterra? Eso está en el Este, ¿no?

—Un poco más allá —sonrió Ofelia—... Hay que cruzar el mar, señor Nash.

—¿De verdad? Caramba, habrán ustedes nadado mucho...

Ofelia se echó a reír, tan dulcemente que el pistolero casi se desmayó, por fin.

—¡Supongo que está usted bromeando, señor Nash!

—¿Sobre qué?

—¡Sobre eso de venir nadando desde Inglaterra!

—Ah... ¿Acaso está muy lejos para venir nadando? Si tan lejos está, me pregunto cómo pudieron comprar el rancho desde allá.

—Lo compramos en Corpus Christi, por medio de un amigo de tío Conrad. También compramos muchas cosas en Corpus Christi, que ahora están en camino hacia aquí, en carretas. Llegarán mañana o pasado. Lo que tardará más es el ganado, supongo.

—¿También lo compraron por medio de ese amigo de su tío...? De su tutor, quiero decir.

—Sí, sí. Creo que son unas cinco mil cabezas.

Bartholomew Nash quedó patitieso y boquiabierto, todo a la vez.

—¡Cinco mil cabezas! —exclamó—. Vaya, eso es comprar ganado, señorita Carrington. Muy grande tiene que ser ese rancho para colocar en él cinco mil vacas.

—Oh, es que no son vacas: son ovejas.

Esta vez, Nash, incluso se tambaleó, como si le hubieran atizado un tremendo mazazo en plena cabeza. Y al mismo tiempo, pensó que la temperatura había descendido bruscamente de un modo increíble, porque se quedó, frío, helado, congelado o peor, era él mismo quien se había convertido en hielo.

—¿O... o... ove... jas...? —tartamudeó, por fin.

—Sí señor.

—¿Cin... cinco mil... ovejas?

—Eso me dijo tío Conrad.

—Pe... pero... ¡Por Dios! ¿A quién se le ocurre traer ovejas a este lugar?

—Tío Conrad dice que son un buen negocio. ¿Acaso no es así, señor Nash?

—Bueno... ¡Por el cielo, ustedes debieron quedarse en Inglaterra, señorita Carrington!

—Ya le he dicho que allí las cosas iban mal. Tío Conrad no conseguía hacer buenos negocios allí, de modo que pensó que en América podríamos no sólo conservar la fortuna de mi padre, sino aumentarla. Se interesó mucho por eso cuando llegamos a Nueva York. Luego, viramos en barco hasta Corpus Christi, y allá tío Conrad hizo todos los tratos. ¿No le parece buen negocio, señor Nash?

—¿Buen negocio traer ovejas a un lugar lleno de vacas? ¡Usted me está tomando el pelo! Oiga, ¿dice que el dinero es del padre de usted? ¡Pues bien, escríbale a su padre y dígame...!

—Mi padre murió hace más de un año, señor Nash.

—Ah... Bien... Bueno, lo siento... Ejem, yo... De todos modos, el dinero es ahora de usted, supongo, así que si quiere...

—No será mío hasta que cumpla veintiún años, o sea, dentro de ocho meses. Mientras tanto, como le he dicho, tío Conrad es mi tutor y, por tanto, el encargado de administrar mi dinero.

—Por todos los demonios... ¿Pero no dice usted que no es su tío?

—Le conozco hace muchos años. Siempre fue amigo de papá, y él lo nombró mi tutor. Desde niña lo llamo tío Conrad.

—Pues si quiere un buen consejo, dígame a ese Lord que será mejor que vuelvan a tomar el barco. O si lo prefieren, váyanse nadando... De todos

modos, será más seguro que quedarse aquí... con cinco mil ovejas.

—Algunas personas le han dicho a tío Conrad algo parecido, no sé por qué. Pero tío Conrad dice que él quiere quedarse aquí, y que eso es lo que va a hacer. Y cuando él dice una cosa...

—Entiendo —musitó Nash—... Ustedes han venido aquí dispuestos a quedarse, porque así lo ha decidido Lord Fabesham. Si, entiendo... Entiendo muy bien, señorita Carrington, y no me sorprende ahora que se haya procurado unos cuantos pistoleros. Aun así, cinco mil ovejas son demasiadas.

—¿Por qué dice eso?

—Yo me entiendo... ¿A usted le gustan las ovejas?

—¡Oh, sí! Son unos animalitos tan mansos y cariñosos...

—¿Verdad que sí? —rezongó Nash—. Con todo quizá a algunas personas no les gusten las ovejas.

—¡No lo creo! —rió Ofelia—. ¡Tienen que gustar a todo el mundo, señor Nash! Estoy segura de ello. Aunque... una cosa me tiene sorprendida cuando veníamos hacia aquí, no vimos ni una sola oveja. Pero si muchas vacas. Cuando lleguen nuestras ovejas, regalaremos algunas a nuestros vecinos como prueba de amistad. Quizá ellos no hayan podido conseguirlas en este lugar, y estoy segura de que comprenderán nuestro gesto amistoso al regalarles unas cuantas.

Bartholomew Nash estaba más cerca que nunca del desmayo. La idea de la señorita Carrington era tan descabellada que por fuerza debía ser que no la había oído bien. Los vaqueros y los ovejeros llevaban años matándose unos a otros por esta cuestión, y ahora llegaba un angelito diciendo que iba a regalar ovejas a los vaqueros, a los ganaderos. Cinco mil ovejas apestarían todo el condado, se comerían hasta la última brizna de hierba, llegando hasta la raíz, de modo que la hierba tardaría mucho tiempo en volver a crecer... si es que crecía. En varios condados, y en otros Estados, ganaderos y ovejeros se estaban destrozando vivos, pues nada hay que un vaquero odie más que las ovejas: lo llenan todo, arrasan los prados, dejándolos inservibles, apestan espantosamente... Y allá tenía a una jovencita deliciosa diciendo que iba a regalar unas cuantas ovejas a unos cuantos ganaderos. Era lo mismo que regalarle a un reo la soga de cáñamo con la que al día siguiente iba a ser ahorcado. Ni siquiera cómo broma tendría la menor gracia.

—¿No le parece?

—¿Eh? ¿Qué? —se sobresaltó Nash.

—Le pregunto si no le parece buena idea.

—¿Regalar ovejas a los ganaderos? ¡Oh, sí! ¡Muy buena idea...! ¡Excelente idea, diría yo!

—Celebro que la apruebe. Usted, señor Nash —Ofelia se sonrojó de nuevo ligeramente—... Usted es una persona simpática... Bueno, no sé si es eso exactamente... Quiero decir que es... diferente a los hombres que he conocido hasta ahora... Parece muy... rudo, pero está siendo muy amable conmigo...

—Ya ve que las apariencias engañan —musitó el pistolero.

—Sí... Yo quisiera... agradecerle su gentileza al cederme la *suite*. La verdad es que no me gustaría... que le ocurriese nada...

—¿A mí?

—Claro... Es que... conozco bien a tío Conrad, y temo... que no pasará por alto lo de esta mañana.

—¿Me está usted advirtiéndome que tenga cuidado? ¿Por qué?

Ofelia bajó los ojos, de nuevo ruborizada.

—Creo... creo que sería mejor que usted se fuera de Nueces Valley, señor Nash... Se lo digo por su bien.

—Sí, entiendo. ¿Está usted velando por mi vida..., igual que lo haría mi angelito de la guarda?

Ofelia alzó los ojos, que quedaron fijos en los del pistolero.

—No quisiera que le ocurriese nada —murmuró.

—¿Por qué?

—No sé. Creo que me sentiría... muy triste.

Bartholomew Nash notó a la vez un nudo en la garganta y un grandioso vacío en el estómago. De pronto, se le ocurrió que una buena idea sería tomar en brazos a aquella muchacha, subirla a la grupa de su caballo, y marcharse de allí a toda prisa. Y pensó que si hacía eso, toda su vida sería maravillosa en adelante.

—Me voy ya, señorita Carrington.

—¿Del pueblo? —se sobresaltó ella.

—Por el momento, no —sonrió Nash—. Ah, no le diga a su tío que hemos estado hablando. Si le pregunta por qué tiene usted mi *suite*, dígame que el encargado del hotel se la ofreció en mi nombre, y eso es todo. No le diga nada de lo que hemos estado hablando nosotros.

—Será mejor. Seguramente, se molestaría, con los dos.

—Claro... Pues por eso mismo, es mejor no decir nada. Usted es... Bueno, usted, es una niña perdida en el bosque. ¿Lo sabía?

—¿Cómo?

—Yo me entiendo. Adiós, señorita Carrington.

Salió y cerró la puerta. Poco después volvía a sentarse en la mecedora, preocupado el gesto. Brown lo miró, pero no hizo ningún comentario. Estuvieron fumando y bebiendo cerveza hasta que, de pronto, Nash dijo:

—Luego cambiaré mis cosas a otro cuarto, señor Brown.

—Está bien.

Hubo un par de minutos de silencio hasta que Nash volvió a hablar:

—¿Usted sabe dónde está Inglaterra?

—Muy lejos.

—Yo creía que estaba en el Este... ¡Qué cosas!, ¿eh?

—Extraordinarias —asintió Brown.

Estuvieron de nuevo silenciosos unos minutos.

—¿Qué opina usted de las ovejas, señor Brown?

—¿Yo? Lo mismo que todo el mundo por aquí, claro.

—¿Y... qué opina todo el mundo?

—¿Quiere saberlo? Pues óigalo: ¡Puag!

Y Brown lanzó un enorme escupitajo hacia el polvo de la calzada.

—Eso pensaba yo —murmuró Nash—... Y me preguntó qué puede pasarle a una palomita que se encuentra en medio de una pelea entre águilas y gavilanes.

—Caramba —sonrió Brown—, ¿no le da usted muchas oportunidades a esa paloma, señor Nash! Yo creo que la despedazarían entre unos y otros, se la meterían en el buche, y luego seguirían peleando.

—Sí... Eso pensé yo. Y sería una lástima, ¿no cree?

—Una verdadera lástima. Desde luego, no quedarían ni las plumas de esa pobre paloma.

—Claro... Ni las plumas.

Bartholomew Nash continuó fumando, pensativamente siempre con expresión preocupada.

Por fin, después de otro minuto de silencio, Brown acabó, como si la conversación no se hubiera interrumpido:

—A menos que una de las águilas se compadeciera de la paloma y se la llevara del lugar de la pelea. O por lo menos, que la protegiera. Claro que... tendría que ser un águila muy poderosa.

—O muy astuta —sonrió Nash.

—También eso sería bueno —admitió Brown, cachazudamente—. La pregunta es: ¿por qué un águila va a molestarse en defender a una paloma pudiendo comérsela?

—¿Sabe? —masculló Bartholomew—: eso me da mucho que pensar, señor Brown.

Y como no tenía nada mejor que hacer, se dedicó a pensar.

CAPÍTULO IV

—Lo tengo todo muy bien pensado —sonrió Lord Fabesham—, de modo que no debes preocuparte, querida: todo saldrá perfectamente.

Lady Fabesham asintió con la cabeza. Aceptaba las palabras de su esposo, pero era evidente que no veía las cosas con la misma claridad que él.

—De todos modos —dijo—, quizá habría sido mejor buscar otro medio, Conrad.

—¿Por qué? Éste es un lugar ideal para nuestros planes. La gente saca enseguida sus armas, y se mata con gran facilidad.

—Eso es lo que me da miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué? ¿De qué?

—Ya nos advirtieron que aquí serían muy mal acogidas las ovejas. Esto no es Inglaterra.

—Me pregunto cómo puedo hacerte comprender que precisamente ahí está lo bueno de nuestro plan —gruñó Lord Fabesham—. Sabemos muy bien que cuando lleguen las ovejas, las cosas se pondrán pésimamente para nosotros. Y eso es lo que quiero. No debes preocuparte más.

Lady Fabesham volvió a asentir con la cabeza, y quedó pensativa, mientras Conrad Fabesham encendía un cigarro. Luego, miró su reloj, que había dejado encima de una consola de mármol. Finalmente, se quedó mirando a su esposa, con una extraña sonrisilla irónica. Los dos estaban en la *suite*, ambos en bata. Ciertamente, formaban una pareja muy bella, sensacional. Y la edad les daba una apariencia todavía más señorial. Lord Fabesham, tras dirigir aquélla casi imperceptible sonrisilla a su esposa, se sentó en un sillón, dispuesto a esperar.

—Me pregunto hasta qué hora estará jugando al póker ese pistolero. Howard y Sitter no deben estar muy satisfechos por tener que esperar a que él salga a la calle. El viaje ha sido muy duro, y tendrán muchas ganas de descansar...

—Conrad: es horrible lo que estamos haciendo —dijo de pronto su esposa.

—¿Te refieres a haber ordenado la muerte de ese hombre?

—No... No, no. Eso también es horrible, claro... Pero me refiero a lo otro, a nuestros planes.

—Ya lo hemos discutido bastante —frunció Fabesham el ceño—... Y no creo que sea momento de echarnos atrás, ahora que ya estamos en América, y a punto de instalarnos... por algún tiempo.

—Es horrible... ¡Horrible!

—No creo que sea necesario hablar más de ello. Está decidido así, y así lo haremos. ¿No tienes sueño?

—No... Si me acostase no podría dormir.

—Espléndido. Podremos seguir charlando mientras esperamos a Howard y Sitter... Pero charlando de otras cosas, no de lo mismo.

—Lo siento, querido, pero no puedo pensar en otra cosa.

—Mira, Alice, si nos dejamos llevar por sentimentalismos, conseguiremos que...

Afuera, en la calle, hacia la plaza central de Nueva Valley, se oyó de pronto el estampido de un disparo. Casi enseguida, otro, disparo... Y luego, como prolongado el eco del segundo, tres disparos más, rapidísimos.

Lord y Lady Fabesham se habían erguido en sus asientos, expectantes, un tanto sobresaltados. Ya no hubo más disparos. Entonces, los dos se miraron, y Lord Fabesham sonrió.

—Bien: una preocupación menos. Y un detalle más para apoyar nuestros planes. Cuando se sepa lo que nuestros pistoleros han hecho con ese intolerante, la gente pensará muy bien antes de molestarnos. Pero acabarán haciéndolo, que es lo que nos interesa.

—¿Crees... crees que ya han matado a ese hombre llamado Nash?

—Por supuesto. ¿Qué haces?

—Iba a la ventana a ver que...

—No te molestes. Nosotros no tenemos por qué preocuparnos de las cosas que ocurren en este pueblo.

—Es que se oye gente...

—Es lo normal... en esa gente. A nosotros no nos incumben las peleas callejeras. Siéntate de nuevo, por favor. O mejor, vete a la cama ya. Sitter y Howard vendrán pronto a decirnos que han hecho su trabajo, y no me gusta que te vean así...

Los dos miraron sobresaltados hacia la puerta, en la cual sonaban los golpes. Lord Fabesham fue hacia allá.

—¡Abre, tío Conrad!

Sonriendo, Lord Fabesham abrió la puerta, y Ofelia Carrington se precipitó en el interior de la *suite*, pálida, desencajado el rostro. También estaba en ropa de dormir, y llevaba encima una bonita bata, igual que Lady Fabesham.

—¡Se están matando en la calle! —exclamó la muchacha.

—Muy normal en esta salvaje América, querida —sonrió afectuosamente Lord Fabesham—. Es algo a lo que tendremos que acostumbrarnos. Al menos, mientras estemos viviendo en este pueblo.

—¿Qué... qué ha pasado? —musitó Lady Fabesham.

—No lo sé bien, tía Alice. He mirado por la ventana, pero no he podido ver más que mucha gente saliendo de casas y cantinas, y corriendo hacia la plaza, gritando que han matado a alguien.

Fabesham cerró la puerta, mirando reprobativamente a Ofelia.

—No me gusta que os asoméis a las ventanas, Ofelia. No es digno de nuestra clase.

—Lo lamento, tío Conrad. Es que... me asusté.

—Pues más motivo para no asomarte a una ventana, querida —sonrió Lady Fabesham—. Aunque, verdaderamente, asomarse a estas ventanas es una tentación... ¡Deben pasar cosas tan sorprendentes en estos lugares!

—Muy sorprendentes —sonrió secamente Lord Fabesham—. No hay que olvidar que estamos en un país de salvajes. ¿Sabes qué pasará ahora, Ofelia?

—No... No sé...

—Pues se llevarán a quien haya muerto a la funeraria, y el *sheriff* irá a ver quién lo ha matado, tranquilamente, preguntando si ha sido en lo que ellos llaman «legítima defensa». Le dirán que sí, y eso será todo. Mañana habrá un entierro en ese lugar que llaman tontamente Boot Hill, y todo habrá terminado.

—¿Por qué deben llamar Colina de la Bota a un cementerio? —se sorprendió Lady Fabesham.

—Según he oído durante el viaje, porque casi todos los que están allá han muerto con las botas puestas.

—¡Oh! Es... verdaderamente horrible... ¿No crees, Ofelia, querida?

—Sí... Sí, tía Alice.

—Será mejor que vayas a descansar —sonrió afectuosamente Lord Fabesham—. Mañana tenemos que ir a ver la casa, y empezar a prepararlo todo para cuando lleguen los muebles. Creo que tuvimos una gran idea al comprar los muebles en Corpus Christi, pues dudo mucho que por estos lugares haya nada digno de nosotros. Aunque muy remota, tengo la esperanza

de que aquellos repugnantes hombres que conducen las carreteras consigan llegar sin romper nada. ¿Quieres que te acompañe, Ofelia? Si estás asustada...

—No. No, gracias, tío Conrad. Buenas noches... Buenas noches, tía Alice.

—¡Ay, hijita!, dudo mucho que aquí podamos decir nunca «buenas noches»... Qué descanses.

Ofelia fue a la puerta, la abrió, y se quedó clavada en el suelo, lanzando una exclamación de sorpresa, que acabó expresando temor.

—¡Señor Nash..., está usted herido...!

Lord y Lady Fabesham hablan palidecido, contemplando al pistolero, que parecía haber estado esperando en el pasillo. En el lado izquierdo del cuello se veía una mancha de sangre, que estaba empapando el pañuelo negro para el sudor. La mano derecha de Bartholomew Nash, colgaba flojamente junto a su revólver. Y en la izquierda, que alzó, mostraba dos sombreros hongos.

—No es nada, señorita —sonrió secamente—... Sólo he venido a devolver esto a su tío.

Entró tranquilamente en la *suite*, y tiró los dos sombreros a los pies de Lord Fabesham, que retrocedió sobresaltado.

—¿Qué... qué significa esto, señor Nash? —musitó con voz ronca.

—Significa. Lord Fabesham, que usted no sabe escoger sus pistoleros o guardaespaldas. Eran muy torpes.

—Dios mío —gimió Lady Fabesham, como a punto de desmayarse—... ¡Los ha matado a los cuatro! ¡Oh, no, señora, no...! Solamente a dos. Cuatro quizá habrían sido demasiado para mi aunque fuesen tan torpes.

—¡Le exijo a usted una explicación! —barbotó Lord Fabesham.

—¡Ah! —exclamó Nash—. ¿Usted me pide una explicación a mí, Lord Fabesham? ¡Ésta es buena! Envía a dos hombres a matarme y ahora me pide explicaciones.

—¡Yo no he enviado a nadie a...!

—Vamos, vamos, Lord Fabesham —interrumpió amablemente Nash—. No está usted hablando con un tonto en estas cuestiones. Le diré lo que sucedió: yo estaba jugando tranquilamente una partida de póker, cuando aparecieron sus cuatro amigos del sombrero de hongo en la cantina. Se quedaron mirándome, y comprendí que querían jugar a pistolas. Así terminé la partida, y salí a la calle. Dos de ellos, los mismos que llevaban la comida bajo el sombrero esta mañana, salieron detrás. Como todo el mundo en Nueces Valley sabía lo que yo les había hecho por la mañana, a nadie podía sorprenderle que quisiera... salvar su orgullo. En Tejas, cuando a alguien le

pasa una cosa así, lo mejor que puede hacer es poner tierra de por medio... o matar a quien nos ha humillado.

—No me interesa lo que piensen en Tejas, señor Nash.

—Pues debería preocuparse por ello, créame. Y en todos los aspectos, Lord Fabesham. Pero volvamos a la pelea... Salieron tan de prisa detrás de mí que casi no me dieron tiempo a volverme. Por eso pudieron disparar una vez cada uno. Luego, yo maté a uno de ellos de un balazo, y al otro tuve que dispararle dos veces. Si hubieran sido pistoleros de calidad, Lord Fabesham, yo estaría muerto ahora, seguramente. Insisto en que debería usted escogerse mejores sus guardaespaldas.

—¿Dónde... están los otros dos?

—Querían venir hacia aquí, después de comprender que no les convenía pelear conmigo, pero les hice comprender que sería mejor que se ocupasen de los cadáveres de sus compañeros. Ya deben estar en la funeraria.

Lord Fabesham había recuperado un poco de color, pero no así Lady Fabesham. En cuanto a Ofelia Carrington, acabó por esconder el rostro entre las manos, aterrada. Nash la miró, pero su rostro permaneció impasible.

—Márchese —masculló por fin Lord Fabesham—. No queremos su presencia aquí, señor Nash.

—Le aseguro que no he venido a quedarme —sonrió el pistolero—. Sólo a devolverle esos sombreros. Tendrá que buscar a otros dos hombres que quieran disfrazarse, Lord Fabesham. Pero procure no enviarlos contra mí. Se lo agradecería mucho, porque estoy en plena temporada de descanso.

—Ya le digo que yo no le di esa orden, señor Nash. En realidad usted lo ha explicado todo: Howard y Sitter no quedaron contentos con lo sucedido esta mañana, y como no querían marcharse, ya que les pago muy bien, debieron decidir matarle. Pero ha sido cuenta de ellos, no obedeciendo órdenes mías.

Bartholomew Nash ladeó la cabeza, y se quedó mirando pensativamente a Lord Fabesham.

—¿Sabe? —sonrió al fin—. Lo que usted dice tiene sentido, lo admito. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, ellos deberían sentirse en una situación muy molesta y ridícula. Bien... No tengo inconveniente en creerlo a usted... esta vez, Lord Fabesham. Pero se lo advierto: si sus empleados vuelven a molestarme, vendré a pedirle cuentas a usted. Y lo haré en serio, la próxima vez. Oh, una pregunta... Ha dicho usted que les paga muy bien a sus pistoleros... ¿Cuánto, exactamente?

—Quince dólares diarios y todos sus gastos.

Bartholomew Nash quedó con, la boca abierta unos segundos.

—¿Lo dice en serio? —exclamó al fin—. ¿Les pagaba usted a esos hombres cuatrocientos cincuenta dólares al mes y además todos los gastos solucionados?

—Eso he dicho.

—Demonio... Vaya, siempre son los que menos valen los que encuentran los buenos empleos. Por ese precio puede usted conseguir pistoleros de mucha mejor calidad, Lord Fabesham.

—¿Como usted, por ejemplo?

—No tanto —rió Nash—: mi precio es algo superior.

—¿Veinte dólares diarios, quizá?

Bartholomew entornó los ojos.

—No me gusta cobrar menos de veinticinco. En definitiva, Lord Fabesham, mi precio suele oscilar entre los ochocientos y mil dólares al mes. Un poco caro, lo admito —sonrió de pronto—... Pero vale la pena.

—Eso tendría que demostrarlo usted, señor Nash.

—¿Todavía más? —rió el pistolero—. Acabo de demostrarle que valgo más que dos pistoleros de quince dólares diarios. O sea, que valgo por dos, es decir treinta dólares diarios. ¿No lo cree así Lord Fabesham?

—¿Aceptaría un anticipo? —musitó Fabesham.

—¿Un...? ¡Cómo! —se asombró cómicamente Nash—. ¿Me está ofreciendo el empleo, Lord Fabesham?

—Usted ha matado a dos de mis hombres... Veríamos si podía sustituirlos, Nash.

—Sí, lo veríamos... Y créame, Lord Fabesham, usted va a necesitar dentro de muy poco muchos y muy buenos pistoleros, o le harán pedazos. Por aquí no gustan las ovejas.

—Parece que usted sabe muchas cosas.

—Sólo es cuestión de olfato. Y los vaqueros lo tienen mucho más desarrollado que yo. Hay varios ranchos por estos alrededores, Lord Fabesham, lo que significa que también hay muchos vaqueros. Y los vaqueros son muchachos... muy irritables cuando huelen a oveja. Con el revólver, un vaquero es una calamidad, en general. Pero saben manejar el rifle, y como tienen muy mala uva, resultan enemigos peligrosos. Eso aparte de que los ganaderos no tendrían inconveniente en traer pistoleros también. De veras: usted va a necesitar muy buenos pistoleros, Lord Fabesham.

—¿Sabría usted distinguir a un buen pistolero de un mal pistolero, Nash?

—Con la misma facilidad con que distingo una moneda de oro de veinte dólares de una moneda de centavo.

—Busque unos cuantos, Nash. Usted cobrará mil dólares al mes, y será el jefe de ellos. Tiene carta blanca para todo. Decida usted mismo a quién contrata y cuánto debe cobrar cada uno. Lo que usted haga será aceptado por mí.

—Vaya... Parece que las cosas están cambiando, ¿no es cierto?

—¿Acepta?

—Lo pensaré. Buenas noches.

Salió de la *suite*, recorrió el pasillo, y entró en su habitación, sonriendo como burlándose de sí mismo.

—Eres un tonto, Bart —pensó—... Un pobre tonto. Pero esto tenía que ocurrirte tarde o temprano.

Se colocó ante el espejo redondo después de encender el quinqué, y se quedó mirando la herida. Tenía menos importancia que pincharse con un alfiler, pero al menos, convenía limpiarla. Se desnudó de cintura para arriba, y lavó la sangre que se había deslizado por el cuello hasta el pecho... Estaba secándose cuando oyó la llamada a la puerta. Se volvió como una centella, tirando del revólver. Estuvo un par de segundos mirando especulativamente la puerta. Luego, se colocó a un lado de ella.

—¿Quién es?

—Soy yo, señor Nash —dijo una temblorosa vocecita de ángel.

Asombrado, pero notando aquel gran vacío en su estómago, el pistolero abrió la puerta, y se quedó mirando a Ofelia Carrington, que, naturalmente, todavía estaba en bata.

—¿Qué desea? —musitó Nash.

—Yo... yo quería ver su herida... ¿Puedo pasar? Por favor... No quisiera que tío Conrad se diera cuenta de esto. Se enfadaría.

La muchacha lo miraba como hipnotizada, y Nash acabó apartándose de la puerta, un tanto inquieto. Ella entró, él cerró la puerta, y los dos se quedaron mirando fijamente.

—¿Cómo... cómo está su herida?

—No es nada. Y si sólo quería eso...

—Yo... yo quería saber si va usted a aceptar trabajar para tío Conrad.

—Es posible. ¿Le disgustaría eso a usted?

—No sé... Por una parte, sí. Me daría la impresión de que usted... se había dejado vencer por... por el dinero. Pero por otra parte yo... quisiera que aceptase. Así podría continuar viéndolo.

Bart Nash parpadeó.

—¿De veras? —musitó—. ¿Para qué?

Ofelia Carrington se sonrojó.

—No sé... Usted no es como los demás.

—¿Quiénes son los demás?

—Oh, todos... Todos. Son diferentes.

—¿En qué?

—Ellos... ellos, los demás son diferentes... Tienen otra voz, y otros ojos, y se comportan de un modo que no me gusta. Dicen tonterías, y siempre quieren cosas de mí. En Inglaterra, son diferentes, sí. Con ellos no... no me doy cuenta nunca de que soy una mujer.

Bartholomew estaba atónito.

—Bueno... Quizá ellos sí se den cuenta, ¿no?

—No sé... Pero no lo parece. Dicen tonterías... Hablan mucho, pero dicen tonterías. Incluso cuando me han pedido algo me ha parecido que decían tonterías. Y son diferentes: tienen las manos más pequeñas, y siempre he pensado que ellos no podrían hacer nada que tuviese importancia. A ellos sí los habrían matado Howard y Sitter. Y hasta pienso... que... nunca sabrían defender a nadie.

—¿Cree que yo sí?

—¡Oh, sí! ¡Con usted yo me sentiría siempre segura!

Lo dijo con tanto entusiasmo, con tal brillo en los hermosos ojos, que Bartholomew se sintió, de pronto, tremendamente importante. Lo malo era aquel vacío en el estómago. Pero de pronto, Nash se sintió decepcionado.

—En resumen —musitó—: que ha venido a pedirme que acepte el empleo.

—No, no... A mí me gusta mucho verlo, señor Nash. Es una cosa extraña, nueva... Me gustaría estar siempre viéndolo, pero no quisiera que... que por mi hiciera usted algo que no le agradaría hacer. ¿Puedo ayudarle con su herida?

Nash sacudió la cabeza. En verdad, él debía estar soñando, o bien, Ofelia Carrington le estaba mintiendo de un modo magistral.

Por las palabras de la muchacha, cualquiera habría deducido que ella estaba poco menos que loca por él. Y si esto era cierto, había ocurrido en muy pocas horas, sencillamente porque Ofelia Carrington pensaba que él tenía la voz y los ojos diferentes a otros hombres, y porque tenía las manos más grandes y ella se sentía segura con él.

—Mi herida está bien —susurró Nash—. Sólo falta vendarla un poco, para que no sangre demasiado esta noche. ¿Algo más señorita Carrington?

—¿No va a dejar que... que le ayude?

—Bueno... No veo por qué tengo que quitarle ese gusto...

—Gracias... ¡Gracias, señor Nash!

Bartholomew iba de la desconfianza a la estupefacción más completa. Se sentó en el borde de la cama, señalando las vendas que ya tenía dispuestas, y la muchacha se dedicó a vendarle. Nash estuvo notando sus finos deditos, cálidos y suaves, durante aquellos pocos minutos. Y, un poco sobrecogido, comprendió que nunca, jamás, había experimentado una sensación semejante.

—Ya está... ¿Le duele?

—No.

—Tiene... tiene usted los hombros tan... tan fuertes...

Nash se estremeció cuando las manos de Ofelia Carrington quedaron sobre sus hombros. Se puso bruscamente de pie, como aturdido, notando una extraña y fortísima presión dentro del pecho. Ella dejó resbalar las manos, y se quedó delante de él, cerquísima, mirándolo con aquella fijeza tan inquietante. Bartholomew Nash señaló la puerta, por fin.

—Eso... eso es todo, señorita Carrington. Gracias.

—¿Tengo que irme ahora, ya...?

—¿No? —susurró él.

—Nadie... nadie me está esperando... Ahora Nash sintió un tremendo impacto en el pecho. Asió con sus manos el rostro de Ofelia, casi rudamente.

—¿Qué es lo que quiere? —musito—. ¿Que quiere de mí, señorita Carrington?

Ella parpadeó. No dijo nada. Sólo parpadeó, y continuó mirándolo. Bart Nash vio el temblor de aquellos labios alargados y llenos, sonrosados, y se inclinó a besarlos, lentamente, como si no se estuviera dando cuenta de las cosas.

Pero así ocurren las cosas. Y sólo mucho más tarde, cuando Ofelia Carrington regresó a su *suite*, ya casi de día, Bartholomew Nash comprendió que para bien o para mal, su destino estaba decidido junto al de aquella muchacha que, con más fuerza que nunca, le había hecho oír las trompetas de todos los ángeles.

CAPÍTULO V

Me alegra que acepte, Nash —sonrió Lord Fabesham—. Cobrará mil dólares al mes, de acuerdo a lo convenido. ¿Qué me dice de ir a buscar más pistoleros?

—Sería una buena idea —asintió Bartholomew.

—¿Cree que encontraría alguno aquí mismo, en Nueces Valley?

—No de los que nos interesan, Lord Fabesham.

—Entiendo... Bueno, puede usted ir a buscarlos a dónde crea conveniente, desde luego. A su vuelta nos ocuparemos de su ropa.

—¿Qué ropa?

—La de usted. No puede ir vestido así, trabajando para mí. Localizaremos un sastre, y le encargaremos un traje apropiado. También encontraremos un sombrero adecuado para usted.

—¿Como el de ellos? —gruñó Nash.

Señaló a Wallen y Rumsey, que lo miraban impasibles. Cierto que Nash había matado a sus compañeros Howard y Sitter la noche anterior, pero eso no les apenaba en absoluto. Todo lo que había ocurrido era que ahora el peligroso pistolero estaría en el bando de ellos. Y eso no les disgustaba, precisamente.

Nash, Lord Fabesham, Wallen y Rumsey estaban en el porche del hotel, en el cual había aparecido el primero cuando los demás se disponían a salir del pueblo. Lady Fabesham y Ofelia estaban en la calesa, en cuyo pescante se veía al negro Jeremiah, esperando, listo para conducir la calesa hacia el rancho que habían comprado los Fabesham. Ofelia se asomaba a la ventanilla, mirando con tal brillo en los ojos de Nash, de un modo tan feliz, tan dichoso y dulce, que el pistolero no se atrevía a mirarla a ella. Junto a la puerta del hotel, Brown miraba con el ceño fruncido a Nash, decepcionado.

—Naturalmente: como el de ellos —asintió Lord Fabesham—. ¿No le parece bien?

—No me gusta ir disfrazado —gruñó de nuevo Nash.

—Tiene usted un punto de vista muy especial sobre estas cosas —rió Lord Fabesham—; en realidad, quien va disfrazado es usted, y toda la gente de este pueblo... y otros muchos de esta áspera América. Son todos unos patanes, Nash. Yo no puedo evitarlo, pero si usted va a trabajar para mí, tendrá que vestirse correctamente. Aunque todos sigan siendo unos patanes, no quiero que lo parezcan cuando estén conmigo. De modo que usted se vestirá como los demás.

Todavía tenía Brown una pequeña esperanza. Si señor: seguro que el simpático Nash enviaba al demonio a Lord Fabesham antes de aceptarse con sombrero hongo, levita y pantalones a rayas. Pero la última esperanza de Brown se esfumó inmediatamente.

—Está bien, Lord Fabesham. Lo que usted diga.

—¡Naturalmente! Márchese ya en busca de más hombres. ¿Cuánto cree que tardará en regresar?

—Cuatro días, calculo. Iré a Santone, que está a unas setenta millas al Norte. Entre ir y volver...

—No me interesan los detalles; cumpla mis órdenes, y eso es todo.

A Brown se le revolvieron las tripas cuando Nash contestó:

—Sí, Lord Fabesham.

—Pues en marcha; no le pago para que pierda el tiempo. ¿Qué ocurre, Wallen?

—Por allá viene el alguacil, Lord Fabesham.

—Pues se ha retrasado... ¿Le dijo usted que yo exigía su presencia aquí inmediatamente?

—Se lo dije, Lord Fabesham.

—Esta gente no sabe bien con quién está tratando. Vamos a ver si se entera de una vez. Y eso —miró a Brown— va también por usted. Vamos a estar algunos días todavía en el hotel, pero deberá esmerarse más en acondicionarlo. No estamos contentos, eso es todo. De modo que ocúpese de adecentar las *suites* y vea si la cuestión del baño puede resolverse mejor. ¿Está claro?

—Muy claro —gruñó Brown—... Pero bien se ve que a mi hotel, aunque sea el mejor de Nueces Valley, no se le puede exigir demasiado. Esto no es un palacio, Lord Fabesham.

—¡Pues deberá usted convertirlo en un palacio mientras nosotros estemos alojados aquí! Es una orden que espero tenga usted muy bien en cuenta o sabrá quién soy yo.

Brown frunció el ceño, pero Lord Fabesham se desentendió de él, encarándose a Doug Dawson, alguacil, que llegaba ya un poco mosca por la exigencia con que Wallen le había dicho que Lord Fabesham quería hablar con él en el hotel.

—No es usted muy puntual, ¿verdad? —le espetó Fabesham.

—Tengo varias cosas que hacer siempre —refunfuñó Dawson—... ¿Qué se le ofrece?

Lord Fabesham lo miró de arriba a abajo, lentamente. Y Doug Dawson, que era un fornido hombretón de cuarenta años, se sintió de pronto como un pequeño bichito que se arrastra por el suelo.

—En primer lugar —deslizó fríamente Lord Fabesham—, usted empezará a acostumbrarse a acudir a mi llamada con más puntualidad, señor mío. Espero que ésta sea la primera vez que usted llega retrasado. No le toleraré eso. ¿Se entera?

—Por todos los demonios —barbotó Dawson—... ¿quién se ha creído que es usted?

—Soy Lord Fabesham. Eso quiere decir que usted no es nadie a mi lado. De modo que cuando le llame, acudirá corriendo, dejando todo lo que sea que esté haciendo, llamará a mi puerta, y pedirá mi venia para entrar...

—¿Su qué? —aulló el alguacil.

—Mi venia. Usted también es un patán, según observo... Se llama a la puerta, y se pregunta: «¿Con su venia, Lord Fabesham?». Eso es lo primero que debe aprender: puntualidad y respeto.

Doug Dawson se había sonrojado tan violentamente que su rostro parecía presto a estallar. Brown, el hotelero, estaba petrificado de asombro, así como algunas personas que pasaban por allí, y que se habían detenido, escuchando incrédulamente la regañina nada menos que a su eficaz y malgeniado alguacil.

—¡Escuche usted...! —exclamó éste al fin.

—Es usted quien debe escucharme —le interrumpió Lord Fabesham—. Y espero que lo que le he dicho hasta ahora quede bien grabado en su poca brillante inteligencia. Bien... Eso era lo primero. Y ahora, escuche la advertencia que quería hacerle, y para la cual le ha llamado: no quiero que me molesten, ya que tengo derecho a hacer lo que me plazca con mi dinero y con mis negocios. De modo que cuando lleguen a Nueces Valley mis primeras cinco mil ovejas, usted se encargará de que nadie atente contra mis derechos. ¿Está claro?

Si un rayo hubiera caído allí mismo sobre las cabezas de todos los reunidos, no habría causado más estragos que las palabras de Lord Fabesham.

Hubo quien incluso palideció, y retrocediendo un par de pasos, como si fuera a desmayarse.

Pero seguramente, nadie palideció tanto como Doug Dawson, en cuyo cerebro estaban sonando las palabras del Lord inglés.

—¿Ha dicho usted... cinco mil... ovejas? —tartamudeó.

—Eso he dicho. Compré en Corpus Christi el rancho que perteneció a los Blandford, y pienso instalarme en él. Tengo cinco mil ovejas en camino y cuando lleguen, espero de usted, como representante de la Ley, que sepa proteger mis derechos. Pero, por si usted no supiera hacerlo, ya he tomado mis medidas, de modo que todos —miró a su alrededor despectivamente— absolutamente todos, están advertidos. Espero haber hablado claro. Y ahora, lo último: dentro tres o cuatro días estaré ya instalado en mi rancho que se llamara a partir de ahora «Lord Ranch»; pues bien, cuando ya esté instalado, los ganaderos deberán venir a visitarnos, para que los conozca a todos y les haga la misma advertencia que acaban de oír. Les ofreceré mi casa y mi amistad, pero al mismo tiempo, quiero hacerles comprender de una vez por todas, que yo soy el más fuerte. De modo que en estos días, usted se va a dedicar a avisar a los ganaderos de mi invitación para dentro de cuatro días. Y, naturalmente, espero que no falte ninguno. Eso es todo, puede usted retirarse.

Doug Dawson soltó un bufido, y dio media vuelta, dispuesto a alejarse de aquel loco que iba a complicar la vida más bien apacible y tranquila de la región...

—¿Se da cuenta? —Dawson se detuvo en seco al oír la voz de Lord Fabesham—. ¡Es usted un patán!

—Oiga, ya me está usted hartando, Fabesham —masculló Doug—. ¿Qué le pasa ahora?

—También para retirarse debe usted pedir mi venia... Eso es algo que cualquiera puede entender.

—¡Váyase al demonio! —explotó al fin Dawson.

Y se alejó de allí haciendo crujir las tablas que formaban la acera. Fabesham pareció olvidarlo inmediatamente, y miró a Nash, que parecía tener los pies clavados en el suelo.

—¿Todavía está usted aquí, Nash?

—Oh, ya me voy. Adiós.

—¡Nash!

—¿Qué ocurre?

—Usted trabaja para mí, ¿no es cierto? ¡Pues por ese motivo está obligado más que nadie a pedir mi venia para retirarse!

—Pero usted ya me ha dicho que me vaya...

—¡Lo sé muy bien! Pero eso no debe impedirle a usted usar esa fórmula de cortesía. Y bueno será que la aprenda desde el primer momento... ¿Veamos?

Brown se enderezó, casi sonriendo. «Ahora, —pensó—. ¡Ahora Nash va a romperle la cabeza a este loco!» Pero su sonrisa se esfumó, con sus esperanzas, cuando oyó musitar a Bartholomew Nash:

—Con su venia, Lord Fabesham, salgo ahora mismo para Santone.

Lord Fabesham aprobó con un negligente gesto de cabeza, y volvió la espalda a Nash, dirigiéndose a la calesa. Jeremiah se apresuró a saltar del pescante, para abrirle la portezuela, y el Lord entró en el carruaje como si éste fuese un palacio. Wallen y Rumsey montaron en sus caballos, y Bart Nash comenzó a caminar hacia el establo público, en busca de su caballo.

—¿No viene con nosotros el señor Nash, de verdad, tío Conrad? —musitó Ofelia.

—Él va a Santone, a contratar a más hombres, querida.

—¿No podría ir yo con él?

Lord Fabesham se atragantó, igual que Lady Fabesham. Ambos se quedaron mirando, atónitos, turulatos, a la deliciosa jovencita.

—¡Ofelia! —gimió Lady Fabesham.

—Supongo que es una broma tuya, querida —intentó sonreír Lord Fabesham.

—¡Oh, no!... Es que me... me gustaría ir con...

—Cállate...

—Pero tío Conrad...

—¡Te ordeno que te calles! —alzó la voz Lord Fabesham—. No es posible que sea cierto lo que estoy oyendo, Ofelia. Vamos, vamos, pequeña: ¿qué tienes tú que hacer en compañía de ese hombre?

—Además, querida, va a estar varios días fuera, ya lo has oído —murmuró Lady Fabesham.

—Sí... Lo he oído, tía Alice. Por eso quería ir con él.

—¡No es posible! ¿Para qué?

Ofelia Carrigton parpadeó. Se sonrojó enseguida, y bajo los ojos, en actitud sumisa. No dijo nada más.

—Espero —dijo secamente Lord Fabesham— que no volveré a oírte decir semejantes inconveniencias, Ofelia. ¿Te imaginas lo que habría pensado Nash

si te hubiera oído decir que querías ir con él?

Ofelia pensó que él ya debía saber eso, y por ello se sintió más triste aún. Sí, Bartholomew debía saber muy bien que ella hubiese querido ir con él. Entonces, ¿por qué ni siquiera lo había insinuado él mismo? ¿Quizá la había mentido, y no la quería después de tanto como ella había demostrado amarle?

—Creo —murmuró Lady Fabesham— que lo mejor que podrías hacer, Conrad, es despedir a ese pistolero.

—Lo pensaré. De momento está resultando útil... Estudiaré este asunto cuando regrese, dentro de cuatro días.

CAPÍTULO VI

Al cuarto día, por la tarde, regresó Bartholomew Nash. Desde la ventana de su dormitorio en el «Lord Ranch», ya casi completamente habilitado al gusto de los exigentes ingleses. Ofelia vio aparecer los nueve jinetes, pero, para ella, fue como si sólo uno de ellos fuera visible.

—Bart... —gimió.

Agitó una manita hacia él, pero, aunque estaba segura de que Nash debía haberla visto, no vio gesto alguno del pistolero, y eso la entristeció muchísimo. Pero sólo unos segundos. Enseguida, pensó que debía salir a su encuentro, y se precipitó fuera de la habitación, bajó al piso inferior a toda prisa, y salió al porche todavía corriendo..., para detenerse en seco junto a Lord Fabesham, que desde allí contemplaba también la llegada del grupo de jinetes.

—¿Ocurre algo, Ofelia? —la, miró severamente Lord Fabesham.

—No... No, tío Conrad.

—En ese caso, será mejor que entres en la casa. No creo que debas ofrecerte como un espectáculo a esos hombres.

—Sólo... sólo quería verlos...

—No es cosa que deba interesarte a ti, querida. Entra en la casa, por favor.

Ofelia miró hacia los jinetes, que ya estaban muy cerca, en la gran explanada. Bartholomew llegaba delante de todos ellos, y la muchacha pudo ver perfectamente su rostro fatigado, cubierto por barba de varios días. Esperaba una mirada de Bart, pero éste no miraba hacia allí, sino a todos lados, interesándose mucho por el rancho. La casa era muy grande, de dos pisos, y estaba en muy buen estado. A la izquierda, y un poco atrás, estaban los establos, y algo más allá, el barracón de los vaqueros, también grande, espacioso, en magnífico estado. Un formidable lugar para criar vacas y alojar un numeroso equipo de vaqueros...

Delante de la casa había tres enormes robles, que daban una grandiosa sombra al porche; junto a uno de ellos, había un banco de madera, que Lord Fabesham había ordenado pintar de blanco. Y enfrente mismo de la casa,

estaban las tres carretas que habían traído el mobiliario desde Corpus Christi, que había sido ya instalado en la casa por los hombres que llegaron en ellas, y que ahora se dedicaban a dar los últimos toques en el exterior de la gran casa, reparando los pequeños desperfectos y dando los últimos toques de pintura. En realidad, aquella casa parecía una mansión, y quedaría impresionante cuando se hubieran dado los toques finales...

Pero todo esto, que parecía interesar tanto a Bart Nash, no parecía importarle lo más mínimo a Ofelia, que sólo tenía ojos para el pistolero, mientras notaba latir fuertemente y cálidamente su corazón...

—¿No me has oído? —insistió ásperamente Lord Fabesham.

—Sí, tío Conrad.

Dirigió, una última mirada a Nash, que estaba ya tan cerca que era del todo imposible que no la hubiera visto. Pero Ofelia tuvo que entrar en la casa sin haber conseguido obtener ni una sola mirada o gesto de Bartholomew Nash. Y una vez dentro de la casa, se colocó ante una ventana, para seguir mirando a Nash sin que pudieran verla a ella desde el exterior.

Y por fin, Nash había detenido su caballo ante el porche, y miraba a Lord Fabesham.

—Con su venia, Lord Fabesham —murmuró cansadamente—... ¿Podemos desmontar?

—Hágalo usted solamente, Nash.

Ni uno solo de los ocho hombres se alteró ante la poco hospitalaria acogida de Lord Fabesham. Nash desmontó, subió al porche, y se quitó el sombrero, señalando con él a los jinetes, uno a uno.

—Ellos son Braden, Creviston, Berry, Titcomb, Ellison, Bristow, Trask y Majors, Lord Fabesham. Son buenos elementos, y saben ya todas las condiciones en que trabajarán para usted, por veinte dólares diarios, hasta que ya no sean necesarios.

Desde la ventana, Ofelia había ido estudiando los rostros de aquellos ocho hombres. Ninguno le gusto en absoluto. Todos ellos llevaban barba lo menos de un par de días, y algunos, de varias semanas. No parecían muy limpios, ni simpáticos... Ni siquiera amables. Miraban fijamente a Lord Fabesham, sin parpadear, sin expresar emoción o interés de ninguna clase. Cuando Ofelia, finalmente, volvió a mirar a Nash, se sobresaltó al darse cuenta de que el aspecto de éste no difería gran cosa del de los otros hombres. En realidad, parecía uno de ellos, uno más del grupo. Y sin embargo, mirando aquellas grandes manos tostadas por el sol, y los grises ojos de Nash, Ofelia sintió de nuevo aquella cálida sensación en el corazón.

—Bienvenidos a «Lord Ranch» —estaba diciendo Lord Fabesham—. Puesto que Nash ya les ha hablado, espero que tienen una idea de cómo soy yo, quién soy. Voy a pagarles bien, y espero que estarán a la altura de mis exigencias. Eso es todo. Vayan a aquel barracón, y Wallen y Rumsey se encargaran de acomodarlos a todos convenientemente, y de pedir comida para ustedes. Mañana, todos irán a Nueces Valley a hacerse sus trajes y comprar sus sombreros. Eso es todo. Retírense.

Los ocho hombres apartaron sus caballos del borde del porche, y comenzaron a alejarse cansadamente hacia el barracón de los vaqueros. Lord Fabesham miró fríamente a Nash, que no parecía tener intención de alejarse.

—¿Desea usted algo, Nash?

—Tengo algo que decirle, Lord Fabesham.

—Sea breve.

—Desde luego. Hemos pasado por Nueces Valley, porque yo tenía que preguntar dónde estaba este rancho.

—¿Y bien?

—Parece que usted no sabe lo que sucede allí.

—No me interesa nada de lo que suceda en ese poblacho. Mi familia y yo sólo vamos a dormir, y volvemos aquí muy temprano. Queremos que esta casa esté completamente acondicionada mañana, para recibir a los ganaderos de la región, a fin de advertirles que no deberán molestarme jamás o les pesará mucho... ¿Qué es lo que sucede en el pueblo?

—Los ganaderos han contratado quizá una docena de pistoleros. Los hemos visto. Estaban...

—Eso no me importa. Si son doce, estamos nivelados, ya que ustedes son once, pero puesto que usted cobra por dos, espero que peleará por dos, en caso necesario. ¿O no, Nash?

Bartholomew Nash frunció el ceño.

—Usted no entiende, Lord Fabesham. No se trata de nivelar la pelea, sino de pensar en las consecuencias, de ella. Vamos a ser dos docenas de pistoleros profesionales disparando a todo gatillo... ¿Usted puede comprender lo que significará esto?

—No es cuenta mía. Ya sabe que yo no busco pelea, sino que no me molesten...

—Pues le molestarán. Yo no sé si los ganaderos vendrán mañana a su casa, pero sí sé que, de momento, tienen a doce pistoleros en la calle, bebiendo y esperando...

—Usted puede haberse confundido: quizá no sean pistoleros.

—Ah... ¿Eso piensa? Bien, Lord Fabesham: si usted viese a unos cuantos Lores como usted..., ¿los distinguiría, los reconocería?

—¡Desde luego! —alzó la barbilla Lord Fabesham—. Los caballeros son inconfundibles en cualquier parte y en cualquier situación.

—Los pistoleros también son inconfundibles —sonrió secamente Nash—. Yo sé distinguirlos igual que usted distinguiría a otro Lord. Son por lo menos doce. Y eso, Lord Fabesham, significa que habrá pelea si esas cinco mil ovejas llegan a Nueces Valley.

—¿Y qué, si hay pelea? Les pago a ustedes para eso, ¿no?

—Es todo cuanto quería decirle —musitó—. Y ahora, iré a afeitarme y comer algo... Con su venia, claro.

—Todavía no la tiene, Nash. Yo también tengo algo que decirle a usted: no se acerque a mi sobrina.

Nash entornó los ojos.

—No es su sobrina —murmuró—... No es nada de usted.

—¡Eso no es cuenta suya! —replicó ásperamente Fabesham—. No lo repetiré, Nash: no se acerque a Ofelia. ¿Está bien claro?

—Clarísimo, Lord Fabesham. Le prometo que yo no me acercaré a la señorita Carrington. ¿Algo más?

—Sí. En el barracón están los sombreros de los hombres que usted mató en el pueblo. Uno de esos sombreros se lo pondrá uno de los pistoleros que usted ha traído. El otro sombrero... lo llevará usted, a partir de este mismo momento.

Bart Nash se pasó la lengua por los labios.

—Como usted ordene, Lord Fabesham. ¿Tengo su venia ahora?

—Retírese, sí —agitó Lord Fabesham una mano con impertinencia.

Poco después Nash se reunía con los otros pistoleros en el barracón. Wallen y Rumsey estaban allí. Les pidió los sombreros de Sitter y Howard, tiró el suyo sobre una litera, y se puso uno de los hongos.

—¡Hey! —exclamó Bristow—. ¡Esto sí que es divertido!

—Es sólo una orden, Bristow —sonrió Nash—... Pero no más demasiado: mañana o pasado, tú tendrás que llevar uno igual.

—Pero estás muy gracioso con tus ropas y ese sombrero.

—Yo tendré un traje elegante, también. Iremos todos como auténticos caballeros.

—Todo esto es una estupidez —masculló Trask—. ¿A qué hemos venido aquí, a pelear o hacer de monigotes?

—Ten cuidado con lo que dices —gruñó Wallen.

—Oye: ¿de verdad crees que estás elegante? —rió.

—Silencio —intervino Nash—. Nada de discusiones entre nosotros... Al que no le guste la perspectiva de vestir como Rumsey y Wallen, que se marche ahora. Pero si se queda, que no busque complicaciones. Nada de burlas entre nosotros... Ya se nos reirán bastante los pistoleros de los ganaderos.

—Eso no me gustará —aseguró Titcomb.

Nash encogió los hombros.

—Uno de vosotros tendrá que ponerse inmediatamente ese otro sombrero hongo —lo señaló—. Si la idea no os gusta, podéis decidirlo a la carta más alta. Pero alguien tendrá que llevarlo. ¿Entendido?

—Escucha, Nash —deslizó Bristow—: tú eres el jefe, y por tanto vas a cobrar más que nosotros. Pero me pregunto: ¿por qué has de ser tú el jefe?

—¿Se te ocurre alguien, mejor, Bristow? —musitó.

Éste frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de contestar. Uno de los hombres de las carretas apareció en el barracón, y todos se volvieron.

—Ese tipo quiere que todos vayan a la casa. Tienen que ayudarnos.

—¿A qué? —saltó Ellison.

—A colocar los últimos muebles. Dice que quiere quedarse ya aquí esta noche, y que si nos ayudan ustedes podremos terminar.

—¿Ah, sí? ¿De modo que tenemos que colocar muebles...? Pues vaya a decirle...

—Cierra la boca, Bristow —cortó Nash—. Y usted, dígame a Lord Fabesham que vamos inmediatamente. Venga, todos a trabajar... Respecto al sombrero hongo póngelo tú, Bristow.

—¿Yo?, ¿Por qué yo?

—Porque yo lo digo. ¿Algo más?

Bristow entornó malignamente los ojos, y estuvo unos segundos mirando los grises de Nash y, por fin, se colocó el hongo.

—Nada más —gruñó.

—Perfecto —sonrió Nash—... Y espero que ahora hayas comprendido por qué soy yo el jefe de este grupo. Andando todos.

Poco después, entraban en la casa. Lord Fabesham los esperaba en el vestíbulo.

—Ayuden a esos hombres a terminar de colocarlo todo —dijo secamente —... Y tengan mucho cuidado. Son ustedes una partida de brutos, pero les advierto que al que rompa algo se lo descontaré de su paga aunque sólo sea un jarrón.

Los hombres se movieron, todos hoscos. Lord Fabesham captó perfectamente un gruñido en el grupo. Un claro gruñido de disgusto.

—¡Un momento! —exclamó—. ¿Quién ha hecho ese ruido parecido al de un cerdo?

Majors alzó la mano, cada vez más hosca la expresión.

—Yo.

—Pues eso va a costarle un día de paga. Les pago veinte dólares diarios, y creo que tengo derecho a dar órdenes. Si no le gusta; Nash les pagará desde el momento que le contrató en Santone, y puede marcharse.

—¿Sí? ¡Pues eso es lo que voy a hacer, espantapájaros! ¿Qué demonios te has creído, total porque llevas sombrero de copa? A mí no me llama cerdo ni tu puerco padre, ¿te enteras? Y si vuelves a abrir la boca te la lleno de plomo... ¿Alguna pregunta, señor Lord?

—Échenlo de aquí —dijo fríamente Lord Fabesham.

—Me gustaría ver quién me pone las manos encima —sonrió aviesamente Majors—... ¿Quizá tú Nash?

—Es mejor que te marches, Majors. Es todo. Toma tus cuarenta dólares y lárgate. No compliques las cosas.

—Con mucho gusto —Majors se guardó las dos monedas, y se dirigió hacia la puerta, que abrió de un brusco tirón—... Adiós, hombrecitos con sombrero, yo no quiero que mi madre se avergüence de mí. Pistolero, bueno: pero espantapájaros, no. Adiós, cerdo con sombrero de copa: espero verte desde el otro lado de la alambrada... Y te aconsejo que no te pongas a tiro.

Salió, dando un portazo.

—Irá a contratarse con los ganaderos —murmuró Nash—. Creo que usted ha exagerado, Lord Fabesham.

—¿Eso cree? Si hubiese exagerado, se habrían ido todos ustedes, y los veo aquí, ¿no es cierto? Bien, ya saben a qué atenerse conmigo. Ahora, hagan su trabajo... Ustedes no, Wallen y Rumsey. Vengan a mi despacho: tengo algo que ordenarles.

Lord Fabesham se dirigió hacia su despacho, única pieza que estaba completamente montada, seguido por sus antiguos guardaespaldas. Nash frunció el ceño, pero señaló a los demás la escalera. En silencio, subieron todos al piso alto, juntó don los hombres de las carretas.

Y llevaban trabajando apenas tres minutos cuando oyeron varios disparos fuera. Se miraron unos a otros...

—Seguid con eso —susurró Nash—... No ha sido nada, supongo.

Entró en otro dormitorio y fue hacia la ventana. Casi enseguida, vio aparecer a Rumsey y a Wallen, a caballo, llevando tras ellos un caballo sujeto por las bridas. Sobre la silla de montar se veía un cuerpo cruzado, muy fácil de identificar: Majors. Ciertamente, ya no podría ir a unirse al grupo de pistoleros de los ganaderos. Wallen y Rumsey desviaron la marcha hasta llegar a un lugar donde la tierra parecía más blanda, desmontaron y dejaron caer el cadáver de Majors. Luego, con las palas que ya llevaban en la silla, comenzaron a cavar la tumba. Así de simple. Como advertencia, verdaderamente, no estaba nada mal. Y era una advertencia, ya que los dos elegantes pistoleros no hacían el menor esfuerzo por ocultarse. Por el contrario, parecía que querían ser vistos desde la casa. Y no sólo por Lord Fabesham, que debía estar en el porche contemplando su obra, sino por los demás pistoleros, para que no viviesen engañados. Desde luego, Lord Fabesham estaba...

—Bart.

Nash se volvió, rápidamente, notando aquel impacto en el pecho, muy dentro, muy fuerte, casi doloroso.

—Hola, señorita Carrington —musitó.

Ella, acabó de entrar en aquel dormitorio, y sonrió dulcemente, abarcando toda la pieza con un gesto.

—¿Te gusta? —susurró.

Nash miró alrededor, y acabó asintiendo con la cabeza.

Cerró la puerta, y se acercó a Nash, que parecía incapaz de moverse. Ni siquiera reaccionó cuando Ofelia Carrington rodeó su cuello con los finos bracitos blancos y prietos.

—Bart, no vuelvas a irte nunca...

—Ofelia, tienes que ser razonable —pido él, roncamente—. No vengas más donde yo esté. Estás... engañándote a, ti misma. Es posible que yo sea diferente a los hombres que has conocido, pero eso no significa nada. Todos los hombres son diferentes unos a otros...

—No me importa ya. No me importa ninguno, sólo tú. ¿Por qué dices que estoy engañándome a mí misma?

—Ofelia, eres... eres una niña...

—Pronto cumpliré veintiún años —sonrió ella.

—Eso no importa. Eres una niña, aún no sabes lo que quieres de ti misma, ni de los demás...

—Oh, si... ¡Sí lo sé, Bart! La otra noche, cuando estuve... curándote la herida...

—Lo lamento —murmuró él—. Te suplico... que lo olvides.

—¡No quiero olvidarlo! Sería desdichada si lo hiciese, Bart. Quiero recordarlo siempre... ¡Siempre! Estos días he tenido tiempo para pensar... Cuatro días pensando en ti... ¿Por qué tendría que olvidar aquello? Tampoco quiero separarme de ti... Bart, lo he pensado bien, ¿no lo comprendes? Te quiero... Por Dios: ¿tanto te sorprende que yo te quiera? ¿Qué es lo que hay de extraño o de malo en ello?

—No soy el hombre que te conviene, eso es todo.

—¿Acaso eres malo? —sonrió ella—. ¡Yo sé bien que no lo eres! ¿Qué más hay? Oh, Bart, espero que esta noche vengas afeitado.

—Sí, me afeitaré, claro... ¿Venir? ¿Dónde?

—¡Aquí! Te estaré esperando... con la ventana abierta.

—No. No, Ofelia. No.

—¿Por qué no?

—Yo... he prometido que no me acercaré a ti.

—¡Qué tontería! —rió, ella, dulcemente.

—No es ninguna tontería. Me gusta cumplir lo que prometo... Por lo tanto, no vendré.

—Está bien... Eres hombre de palabra. Y eso, la verdad, me gusta. Está bien, Bart: no vengas esta noche. Pero a mí, tú ya no puedes engañarme. No lo haces por cumplir una promesa, tan solo, sino para no complicarme la vida a mí con tío Conrad. ¿No es así?

—Pues... No... Desde luego que no es eso, no...

—¡Oh, cómo te quiero Bart...! ¿No es sorprendente que se pueda querer tanto? Hace una semana, no sabía que existieses, y ahora, no podría existir yo sin ti. ¿Me quieres tú a mí del mismo modo? ¿Me quieres tanto, Bart?

Bartholomew Nash no contestó. Lo más sensato habría sido decir que no, pero no podía. Sencillamente, no podía hacerlo. La palabra «no» no podía salir de sus labios. No podía, eso era todo: Ofelia Carrington tenía que comprenderlo. Tuvo que comprenderlo, porque, tras sonreír dulcemente, se abrazó con más fuerza, estremeciéndose, hasta que Bart Nash la apartó, casi con rudeza.

—Tengo cosas que hacer. Adiós, Ofelia.

—Te quiero.

—Adiós.

—Te quiero. Te quiero, Bart. Te quiero, te qui...

Bartholomew cerraba ya la puerta del cuarto, saliendo al pasillo. Se quedó allí, todavía notando los fortísimos latidos en todo su cuerpo.

Se quitó el sombrero hongo, de un manotazo, y se quedó mirándolo, con el ceño fruncido. Apretó las mandíbulas cuando Lord Fabesham apareció en el pasillo, y se quedó mirándolo críticamente.

—¿Alguna dificultad, Nash?

—No, Lord Fabesham... Ninguna.

—Entonces, ¿por qué no está ayudando a los demás?

—Estaba pensando.

Una mueca irónica apareció en el aristocrático rostro de Lord Fabesham.

—¿Pensando? ¿Usted?

—Así es, Lord Fabesham.

—¡Qué divertido! —rió éste—. En verdad que resulta divertido oír esto de un hombre como usted. ¡Pensando! ¿De veras es usted capaz de pensar?

—A veces, Lord Fabesham.

—Asombroso... Sin embargo, no le pago para que piense, sino para que haga cosas útiles para mí. Usted no es nadie para mí, ¿lo entiende? Solamente, sin tomarse tan terrible trabajo de pensar, haga lo que yo le diga. Todo lo decido yo: usted llevará sombrero hongo, se pondrá un traje decente, no se hurgará las orejas en mi presencia, peleará cuando yo se lo diga..., y así todo. Desde el mismo momento en que usted se pone un sombrero hongo, ya no es nadie ni nada. Para ser algo o alguien tendría que llevar este sombrero —se tocó el suyo de copa—... Pero como no lo lleva, deje de perder el tiempo en pensamientos estúpidos y vaya a ayudar a los demás. Eso es todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Lord Fabesham.

Dio media vuelta...

—¿A dónde va usted? —exclamó Lord Fabesham.

—A ayudar a los otros... Oh, entiendo... ¿Tengo su venia, Lord Fabesham?

—Espero que su memoria mejore, Nash. Vaya al trabajo.

Lord Fabesham se alejó. Entró en su dormitorio, donde Lady Fabesham estaba colocando vestidos en el armario.

—¿Han terminado aquí, querida?

—Sí. Todo está ya montado... Podremos dormir aquí, si no has cambiado de idea... ¿Qué hablabas con Nash?

—Nada importante... Alice: ese hombre no me gusta.

—Oh... Bueno, es natural querido. No tiene ni un solo detalle en su persona que pueda agradarnos.

—No me refiero a eso... Él tiene algo especial. Sí, debe tener algo especial. Ofelia salió corriendo de la casa antes, cuando llegaron todos de San Antonio, pero él no la miró siquiera. No sé... Hay algo que me tiene inquieto. Si ese hombre llegase a sentir algo por Ofelia, nos complicaría la vida, estorbaría nuestros planes. Desconfío de él, es demasiado manso de pronto... No me gusta. Espero que no interfiera en nuestros proyectos respecto a Ofelia y su fortuna... Son casi un millón de libras, querida, lo que nos estamos jugando.

—Yo... sigo pensando que es todo demasiado horrible, Conrad. Pudimos hacerlo de otro modo, incluso sin salir de Inglaterra...

—Allá no habríamos podido hacer nada, ¿no lo comprendes? Y mucho menos lo que tenemos planeado hacer aquí.

—Tendríamos que pensar en otro medio...

—¡Ya hemos discutido eso demasiadas veces, Alice!

—Pero esa pobre muchacha...

—¡Pobre! ¡Estás llamando pobre a una mujer que dentro de ocho meses tendrá un millón de libras!

—Bueno, pero yo me refiero...

—Sé muy bien a qué te refieres. Y si piensas que voy a cambiar mis planes ahora, pierdes el tiempo. No he viajado en un asqueroso barco, y venido a este apestoso lugar lleno de gente despreciable para ahora echarme atrás. Se hará todo como lo tenemos pensado. ¡Y no quiero hablar más del asunto!

—Lo que tú digas, querido.

—Exactamente —sonrió Lord Fabesham—. Exactamente, querida: se hará en todo momento lo que yo diga. Bien... Voy a ver si consigo que esos hombres lo terminen todo antes de la cena. Quiero que mañana esté todo a punto y en orden para recibir a esos ganaderos estúpidos... Todos lo están haciendo muy bien —rió—. ¿No sabes que ya han contratado también ellos una docena de pistoleros?

—Conrad, es horrible... No lo hagamos, no, por favor...

Lord Fabesham se puso en pie, mirando hoscamente a su esposa.

—Ocúpate de tus asuntos, querida. Espero que mañana por la tarde todo esté dispuesto para recibir a esos hombres que viven con las vacas. Me parece que no les va a gustar lo que tengo que decirles.

CAPÍTULO VII

A las cinco de la tarde siguiente aparecieron los ganaderos. Es decir, apareció un grupo de casi veinte hombres, a caballo, descendiendo lentamente una pequeña colina. Llegaban en silencio, sin prisas, y el sol brillaba en los cañones de sus rifles.

Bartholomew Nash miró de reojo a Lord Fabesham, que estaba de pie, en el porche. Lo vio mirar su reloj de oro, y fruncir el ceño. Trask, que estaba junto a Nash, le dio con un codo.

—No me gusta esto, Nash. Son el doble que nosotros.

—Sólo vienen a hablar —musitó Nash—. Por ahora.

—Conozco esa actitud. Y tú también.

—No creo que pase nada...

En realidad, no era una creencia firme, sino una esperanza. Desde luego, si se sacaban las armas en serio, la cosa terminaría muy mal para todos. O para muchos, al menos. Nash miró alrededor del rancho, temiendo que apareciesen más jinetes por otros puntos, pero no fue así. Llegaba un solo bloque de hombres, pero lo bastante numeroso para justificar realmente la inquietud de Trask.

A medida que el grupo de jinetes se acercaba, Nash fue mirando a todos lados, y, especialmente, a sus compañeros en aquel trabajo. Estaban todos delante del porche, esperando, hoscos y silenciosos. Igual que Trask y que él mismo, comprendían muy bien aquella calmada llegada de los jinetes. No buscarían pelea, pero llegaban dispuestos a todo.

Wallen y Rumsey estaban en el porche, uno a cada lado de Lord Fabesham, formando un sorprendente trío elegante. De los demás, sólo se había podido conseguir ropa «adecuada» para cuatro, así que Braden, Creviston, Titcomb y Ellison llevaban ya su sombrero hongo, levita y pantalones grises. Bristow y Nash llevaban el sombrero hongo. Un grupo que podía muy bien provocar la hilaridad de los pistoleros que llegaban con los ganaderos. Y si eso llegaba a ocurrir...

Por fin, la veintena de jinetes llegó a la explanada. Cuatro de ellos se adelantaron, mientras los demás se separaban, formando un semicírculo que encerraba dentro la casa de Lord Fabesham. Todo lo que se había oído hasta entonces eran los cascos de los caballos, resonando blandamente sobre la tierra.

Los cuatro jinetes que se habían adelantado llegaron ante el porche, y se quedaron mirando fijamente a Lord Fabesham, que volvió a sacar del bolsillo del chaleco su impresionante reloj de oro, lo miró, y dijo, secamente:

—Señores, la cita era a las cinco. Y son las cinco y diez.

—¿Podemos desmontar?

—Háganlo. Y espero que en lo sucesivo, cuando les ordene que vengan aquí sean más puntuales.

Los cuatro hombres se miraron, sonrieron levemente y desmontaron. Subieron al porche y se plantaron delante de Lord Fabesham. El mismo que había hablado antes, presentó:

—Mis compañeros son Roy Butler, Christopher Law y Andrew Salters. Yo soy Bill Parson. Los cuatro hemos sido designados para acudir a la cita en representación de los ganaderos, señor Fabesham.

—Lord Fabesham —corrigió éste, acremente.

—Oh, sí: Lord Fabesham. Está bien.

—Yo los cité a todos, no a cuatro, señor Parson.

—Si hubiéramos venido todos, habríamos sido demasiados, Lord Fabesham. Calculo que sumando a todos los ganaderos y a nuestros respectivos vaqueros debemos ser unos... setenta hombres.

—¿Pretende algo especial mencionando esa cantidad?

—Sólo queremos escucharle. Ayer tuvimos una reunión, y eso fue lo que se decidió. Por supuesto, ninguno de, nosotros quería venir, pues no nos consideramos obligados a obedecer sus... órdenes. Pero el viejo Isaac dijo que no seríamos nosotros quienes dejáramos de mostrar buena voluntad. De modo que aquí estamos cuatro. Lo que decidamos nosotros será lo que decidirán todos los demás ganaderos.

—Me parece bien. Pasen. Tomarán un *whisky*.

—Se lo agradecemos, pero no es necesario. Podemos conversar aquí.

Lord Fabesham los miró irónicamente.

—¿Qué les ocurre? ¿Temen que les haya tendido una trampa dentro de mi propia casa? ¿Tienen miedo?

Nash se mordió los labios. Verdaderamente, aquel tipo del sombrero de copa estaba loco. Pero parecía que los ganaderos tenían intención de resolver

aquel asunto lo mejor posible.

—Tomaremos su *whisky* —aceptó Parson, secamente.

—Nash —llamó Lord Fabesham.

Bart subió al porche, mirando hacia el semicírculo de pistoleros, tres de los cuales se habían adelantado, todavía a caballo. Pero Roy Butler les hizo una seña, y regresaron a la fila.

Entraron en la casa Lord Fabesham, Rumsey, Nash, Wallen y los cuatro ganaderos. Lord Fabesham los condujo al salón, que los ganaderos miraron por un instante con auténtica sorpresa y admiración. Pero más admiración mostraron cuando vieron a las dos damas sentadas en el sofá.

—Mi esposa, Lady Fabesham —presentó el Lord—, y nuestra sobrina y pupila, Ofelia Carrington. Ellos son los señores... —sonrió casi despectivamente—. Son los ganaderos. No recuerdo sus nombres.

Bill Parson se adelantó, sombrero en mano, e hizo las presentaciones nuevamente. Las dos mujeres sonrieron con exquisita cortesía, y Lord Fabesham invitó a sentarse a sus invitados. Jeremiah apareció, con una bandeja; vasos, botellas... Comenzó a servir el *whisky*. En la puerta, Wallen y Rumsey, expectantes. Más dentro del salón, Bart Nash, que hacía todo lo posible por no mirar a Ofelia, mientras notaba sobre él la intensa mirada de la muchacha.

—Bien, señores —dijo de pronto Lord Fabesham—, si están dispuestos a escucharme, les explicaré mis condiciones.

—¿Sus condiciones? —se asombró Chris Law.

—Por supuesto. Como bien saben, pronto llegarán aquí cinco mil ovejas de mi propiedad. Según parece, llegarán mañana mismo.

—Mire, Lord Fabesham... —empezó Andrew Salters.

—Estoy hablando yo —le interrumpió a su vez Lord Fabesham—. Y es conveniente que me escuchen. Ustedes han venido aquí a tomar mi *whisky* y a escucharme. Hagan las dos cosas y todo irá bien para todos. Creo que no puedo decir las cosas con más claridad, señores.

Los ganaderos cambiaron una mirada. Salters estaba rojo de ira, pero se contuvo, quedando sumido en un hosco silencio. Los demás miraban inexpresivamente a Lord Fabesham.

—Bien. Observo que empezamos a entendernos. Por tanto, pasaré inmediatamente a exponerles mis condiciones de buena vecindad y convivencia. Como les he dicho, mis ovejas llegarán mañana al rancho... Es un decir, ciertamente, ya que no creo que quepan aquí cinco mil animales. Eso significa que tendré que tener algunos por los pastos libres, como los

llaman ustedes. He tenido ocasión de comprobar que ésta es una buena región para criar ganado... sea de la clase que sea. Y como mi intención es quedarme espero que de un modo permanente aquí, y ganar dinero con mis ovejas, no quiero tener contratiempos de ninguna clase. Digo esto porque sé que los vaqueros detestan a las ovejas, y consideran que arrasan los prados, que se comen la hierba hasta la raíz. Yo creo que son exageraciones, y, por tanto, mis ovejas se quedarán aquí.

—No son exageraciones —musitó Roy Butler.

—Eso piensa usted, pero yo pienso lo contrario. Y comprenderá que entre lo que piense usted y lo que piense yo, la elección no es dudosa.

Ahora fue Butler quien mostró un tono escarlata en su rostro bronceado. Pero Bill Parson se apresuró a hablar.

—Lord Fabesham: ¿debemos entender que usted nos ha citado en su casa para decirnos que no le importa nuestra opinión, y que piensa traer esas ovejas nos guste o no nos guste?

—Así es. Pero también quería advertirles que será mejor para ustedes que acepten la situación con amabilidad. Siempre consigo lo que me propongo.

—¡Si usted nos ha citado en su casa para esto...! —se incorporó furiosamente Christopher Law.

—Espera, Chris —murmuró Parson—. Cálmate. Hemos venido aquí no obedeciendo las «órdenes» de Lord Fabesham, sino para demostrar nuestra buena voluntad. Y lo haremos hasta el fin. Supongo que nos escuchará usted ahora a nosotros, Lord Fabesham.

—No creo que tengan nada interesante que decir, pero suelo ser cortés con mis invitados.

—Es usted muy amable —sonrió fríamente Parson—... Pues bien, le diremos lo que hemos decidido nosotros: no queremos ovejas en esta región. Las ovejas, Lord Fabesham, están mejor en las montañas, a dónde no llegan las vacas. Por tanto, habíamos pensado sugerirle algo al respecto.

—¿Una sugerencia... ustedes a mí?

—No perderá gran cosa escuchándola.

—Así lo espero. Adelante, señor: tiene usted mi permiso para exponerla.

—Muchísimas gracias —dijo, sarcástico, el ganadero—. Ésta es la oferta nuestra: usted vende sus ovejas a alguien que quiera llevárselas a las montañas, y con ese dinero que obtendrá, nosotros le venderemos una magnífica manada de reses de cuerno que podrá criar y multiplicar con muy buenos beneficios en los pastos libres, como hacemos todos. Ganará usted

dinero igualmente, y nosotros nos sentiremos muy honrados de tenerlo como vecino y amigo.

Lord Fabesham miraba incrédulamente de uno a otro ganadero.

—¿Es eso lo que se les ha ocurrido? —exclamó al fin.

—Es una buena solución.

—¡Es una solución absurda! ¡Yo quiero criar ovejas, y eso es lo que voy a hacer!

—No es usted muy razonable, Lord Fabesham. A fin de cuentas, no va a perder dinero con el cambio de ganado. No le estamos proponiendo nada que pueda perjudicarle en modo alguno.

—¿Ah, no? Sepan ustedes, señores, que Lord Fabesham ha hecho siempre... ¡siempre!, lo que ha querido. Si yo digo que voy a criar ovejas aquí, es que aquí criaré ovejas, pese a quien pese. Observen a ese hombre — señaló a Bart Nash, que se crispó un tanto—: es un peligroso pistolero... Al principio, tuve dificultades con él, pero ahora es como una oveja más de mi rebaño. Véanlo bien: lleva un sombrero hongo, permanece en silencio, y hará en todo momento lo que yo decida. Lo he domesticado, lo he convertido en una de mis ovejas. Pues bien, a ustedes les sucederá lo mismo si intentan oponerse a mis deseos. Nadie ha vencido jamás a Lord Fabesham. Y además, ¿qué son ustedes? ¿Quiénes son ustedes para venir a provocarme en mi propia casa? ¡Ustedes no son nada, simples vaqueros incultos que huelen a estiércol de vaca! ¡Y harán lo que yo decida, o les pesará amargamente!

Los ganaderos habían dejado de mirar al palidísimo Nash para fijar sus ojos, inexpresivamente, en Lord Fabesham. Todos se dieron cuenta de que estaban ellos mismo tan pálidos como Nash.

Bill Parson se puso en pie, y los otros tres le imitaron rápidamente.

—Adiós, Lord Fabesham —casi tembló la voz de Parson.

—¡No les he dado mi venia para que se retiren!

—No la necesitamos.

—¡La necesitan! ¡Hasta Nash la necesita, y es mil veces más peligroso que todos ustedes juntos!

Parson desvió indiferente la mirada del irritado Lord Fabesham, para mirar a las mujeres, sin reparar en que, si alguien había que estuviese verdaderamente pálida allí era la joven llamada Ofelia, que miraba con ojos desorbitados a Bart Nash.

—Ha sido un placer, señora, señorita... Y lamento mucho que las circunstancias nos impidan la amistad con tan hermosas damas. Buenas tardes.

Dio media vuelta y se dirigió a la salida, seguido por sus compañeros.

—¡Usted es sólo un patán! —exclamó Lord Fabesham—. ¡Todos ustedes son unos necios patanes que pagarán muy cara su actitud!

Ya en la puerta, Bill. Parson se volvió, lívido de ira.

—Lord Fabesham: quizá en Inglaterra pudiera usted hablar así a las personas; y quizá se lo tolerasen. Pero aquí nadie le va a permitir eso por mucho tiempo. Le aconsejo que use usted mejor su lengua, o alguien va a cortársela cualquier día.

—¡Me gustaría ver quién se atreve a cortarle la lengua a Lord Fabesham! —casi gritó éste.

—Usted está loco —aseguró Salters, convencidísimo—. ... Y si lo que quiere es guerra, la tendrá. Maldita sea, Bill, ¡vámonos de una vez!

—¡Desde luego que tienen que irse! ¡Ya tienen mi venia...! O mejor, aún mejor, les expulso de mi casa. ¡Largo! ¡Fuera!

Roy Butler se colocó el sombrero de un manotazo, y sonrió siniestramente.

—Si no estuviéramos en su casa, Fabesham de los demonios, ya se habría tragado todos sus podridos dientes y esa sucia lengua. Y no lo olvide: en Tejas nadie le habla así a un hombre sin tener que lamentarlo luego. En cuanto a mí personalmente, sería un placer que usted se atreviera a pelear mano a mano conmigo, como quiera, cuando quiera y como le dé la gana. ¿Acepta el desafío, Fabesham de los demonios?

—¿Un desafío con usted? ¡Necio! ¡Ningún caballero se bate con un desgraciado! ¡Quítese de mi vista! ¡Basura! ¡Todos ustedes no son más que basura!

La pelea habría comenzado allí mismo si Bill Parson, no menos pálido que Roy Butler, hubiera permitido a éste abalanzarse hacia el Lord. Dio un brusco tirón de él, y por fin los cuatro hombres salieron del salón.

—¡Se acordarán de Lord Fabesham! —les gritó todavía éste, colérico—. ¡Y guárdense bien de molestar a las ovejas que estoy esperando, o los convertiré a todos en ceniza! ¡Nash, vaya con ellos, no sea que roben algo al salir!

Bart Nash se fue detrás de los ganaderos, de los cuales, Butler parecía tener intenciones de volver al salón, mientras sus compañeros le empujaban hacia la puerta de la casa. Salieron al porche, y los cuatro ganaderos montaron en sus caballos, alejándose rápidamente. Todavía pálido, Nash estuvo mirándolos alejarse, seguidos por los pistoleros. Por todos los pistoleros excepto uno, que se acercó lentamente al porche, al paso de su caballo.

Cuando se detuvo ante los vigilantes empleados de Lord Fabesham, se tocó el ala del sombrero con dos dedos, y mostró sus blanquísimos dientes en una sonrisa.

—Hola, Bart —saludó.

Nash lanzó una exclamación, y se acercó al borde del porche.

—¡Malcom! —reconoció entonces, con tono de alegría.

—Ése soy yo. ¿Cómo te va la vida?

—Bien... Bien.

—Estás muy lindo con ese sombrero. ¿Es tuyo?

—En efecto —sonrió Nash—... ¿No te gusta?

—Psé. El caso es que los sesos no se derritan al sol, pero resulta un poco gracioso, admítelo. Supongo que estás mandando a toda esta gente.

—Claro. Y tú debes estar al frente de esos otros, ¿en?

—Ajajá. Por las caras de quienes me pagan, yo diría que la cosa está caliente. ¿De verdad estás de parte de las ovejas?

—Esta vez, sí. Malcom.

—¡Qué le vamos a hacer...! Supongo que tendrás tus motivos.

—Mil motivos al mes, y gastos pagados.

—¿Mil? ¿De veras? Vaya, tendré que decirles a los vaqueros que me aumenten el sueldo. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No creo. Pero te lo agradezco.

—Eres un buen chico —volvió a sonreír Malcom Mc Coy—... Sí señor, siempre lo he dicho: Bart Nash es un gran chico. Un demonio con el revólver, pero un buen muchacho. En realidad, me acuerdo muchas veces de ti, y me pregunto cómo es posible que te hayas dedicado a lo mismo que yo, que soy malo, un poco bestia y no me importa nada. En cambio, tú tienes corazón. ¿Por qué no te retiras de esto, Bart? No me hace gracia tenerte enfrente.

—Te lo agradezco, Malcom, porque sé que no es por miedo. Pero no puedo retirarme. No quiero.

—Entiendo. En fin, paciencia... Espero que, si nos vemos en otras circunstancias... sea de muy lejos, Bart. Oye, ¿sabes una cosa?, ¡casi me está gustando tu sombrero!

—Puedo regalarte uno, si quieres —sonrió Nash.

—¿Lo ves? —rió Malcom Mc Coy—. ¡Eres un gran muchacho! Bueno, hasta otra... Cuídate.

—Adiós, Malcom.

Éste volvió a tocarse el ala del sombrero, y se alejó. Bristow se acercó a Nash.

—¿Quién es éste?

—Malcom Mc Coy —susurró Nash—. Y lo tenemos en el otro bando. Demonios, no se puede decir que estemos de suerte precisamente, te lo aseguro...

—¡Nash! —resonó la voz de Lord Fabesham.

El pistolero se volvió, crispado.

—Diga, Lord Fabesham.

—¿Qué hablaba usted con ese hombre?

—Cosas nuestras. Somos amigos.

—¿Amigos? ¡Ese pistolero está del bando de los vaqueros!

—Lo sé. Y eso no importa, Lord Fabesham. Él y yo seguiremos siendo amigos aunque nos matemos el uno al otro.

—Escuche bien esto, Nash: usted no tiene más amigos que los amigos que tenga yo. De lo contrario, lo mejor que puede hacer es marcharse. Sí sería mejor que se marchase. Le daré sus mil dólares por el trabajo de un mes...

—Prefiero quedarme, Lord Fabesham, con su... venia.

—¡Pues si quiere estar a mi lado, olvídense de que tiene amigos en el otro! ¿Me ha entendido bien?

—Temo que no, Lord Fabesham —musitó el pistolero, desviando la mirada un instante hacia Lady Fabesham y Ofelia, que salían del porche.

—¿Cómo se llama ese amigo suyo?

—Malcom Mc Coy.

—Pues bien, diga usted: ya no soy amigo de Malcom Mc Coy. Sólo soy una oveja del rebaño de Lord Fabesham. O eso, o lárguese.

Bartholomew Nash tragó saliva, de nuevo palidísimo. Por unos instantes, pareció que no lo haría. Pero, por fin, tras pasarse la lengua por los labios murmuró:

—Ya no soy amigo de Malcom Mc Coy... Soy sólo una oveja del rebaño de Lord Fabesham.

—Perfecto... ¡Y no lo olvide! Ahora, márchense todos a su barracón. Espero que estén vigilantes en todo momento. Nunca se sabe lo que puede tramar esa gente. Váyanse.

—Sí... Con su venia, Lord Fabesham.

—Veo que va aprendiendo a comportarse.

—Lo intento, Lord Fabesham.

Fue el primero en dirigirse hacia el barracón, seguido por los demás pistoleros, todos sombríos, mirándole de reojo. Tener un jefe que reaccionaba de aquel modo, llegando incluso a renegar de un amigo que minutos antes le

había preguntado si podía ayudarlo en algo, era tan rastrero que ni uno solo de aquel grupo de hombres de revólver lo habría hecho jamás. Y como Nash sabía eso, su humor no era precisamente bueno. Llegó al barracón, se tumbó en su litera, y no se movió de allí ni siquiera a la hora de la cena.

Había una interesante partida de póker en el barracón, pero ni siquiera por eso se había movido Nash de su litera. Mientras unos jugaban y otros miraban, alrededor de la mesa, él seguía tumbado, sumido en sus sombríos pensamientos. Tampoco hizo el menor caso cuando llamaron a la puerta del barracón, pero Titcomb, que fue a abrir, se dirigió a él cuando regresó.

—Es el negro, Nash. Quiere verte.

—¿Jeremiah?

—Sí. Claro.

Fue a la puerta, donde le esperaba Jeremiah afuera. De noche todavía se veían más blancos sus cabellos, y destacaban más sus grandes ojos redondos, salientes.

—¿Qué ocurre, Jeremiah?

—Tengo un recado para usted, señor Nash. Si viene conmigo al granero podremos estar más tranquilos. Por favor.

—¿Qué recado es ése?

—Se lo ruego, señor Nash. No me pregunte ahora. Venga.

El pistolero se quedó mirando con el ceño fruncido al viejo, pero acabó encogiendo los hombros.

—Está bien. Vamos al granero. Espero que no me hayas molestado por una tontería.

—No señor, no... ¡Se lo juro!

Fueron al granero, Jeremiah abrió la gran puerta, y cedió el paso a Nash, que entró tranquilamente, casi distraído. Lanzó un respingo cuando la puerta se cerró tras él. Se volvió, intentó abrir, y lanzó una maldición al comprobar que estaba cerrada por fuera, con el gran pestillo de madera.

—¡Jeremiah! —gritó. ¡Maldito negro que el demonio se lleve! ¡Abre la puerta!

Sacó el revólver, pero lo guardó de nuevo, con un gesto furioso, comprendiendo que para destrozarse aquella puerta a balazos necesitaría muchas balas; más de las que llevaba en el revólver y en el cinto. Mascullando maldiciones, Nash se volvió, alzando la cabeza. La luz de la luna entraba por arriba, por dos pequeñas ventanas, una delante y otra detrás, hacia el fondo. A la ventana de delante no podría llegar, pero sí a la del fondo, pues allí había un altillo. Fue hacia allí, subió al altillo, y caminó sobre el

montón de paja seca hacia la ventana. El estúpido negro iba a pagar cara aquella tonta broma que...

—Bart.

—¡Ofelia! —exclamó Nash—. ¿Dónde estás?

—Aquí... Esperándote.

Le tomaron de la mano en la oscuridad, y tiraron hacia abajo. Nash se dejó vencer, sentándose sobre la paja, y enseguida notó en su cuello los bracitos cálidos y finísimos de la muchacha, y en sus labios la dulce ternura de los de ella. Fue un beso larguísimo, que Bart Nash no pudo evitar, pues para ello habría tenido que lastimar a Ofelia. Y fue ella, por fin, la que se apartó, suspirando.

—No te enfades con Jeremiah —musitó—. Él me quiere mucho, y ha hecho lo que yo le he pedido.

—Ofelia... Estás loca. Si Lord Fabesham va a tu dormitorio...

—¿Por qué ha de ir él a mi dormitorio?

—Si... Bueno, es una tontería, pero... ¡tienes que volver allá!

—Lo haré si vienes conmigo.

—¡No puedo hacer eso!

—¿Por qué no, Bart?, ¿tú no te Casarías conmigo?

Bart Nash se atragantó.

—Tenemos... que marcharnos de aquí, Ofelia... Te lo ruego.

—¿Tanto temes a tío Conrad? Oh, Bart, no puedo creer lo que él hace contigo... ¡No debes permitirselo! ¡Cuándo vuelvas a verlo, tírale ese horrible sombrero hongo a la cara, y dile que tú no eres oveja de ningún rebaño! Sé que tú no le tienes miedo a él, ni a nadie... ¡No dejes que él siga humillándote! No puedo soportarlo, Bart... ¿Por qué has de aceptar sus humillaciones? Si lo haces para seguir conmigo, no es necesario... ¡Marchémonos los dos juntos!

—No... No, Ofelia, no puedo hacer eso.

—Él no es mi tío, ni ella mi tía... Bart, no son nadie de mi familia, sólo unos amigos de mi padre, ¿no lo entiendes? ¡Vámonos los dos juntos ahora mismo!

—No. Eso sería perjudicarte, Ofelia.

—¿Perjudicarme? ¿A mí? ¡Bart! ¡Pero si lo único que quiero es estar contigo! Si nos vamos juntos ahora, siempre estaríamos...

—¡No puedo hacerte eso! Lord Fabesham es tu tutor, y eso quiere decir que está manejando dinero tuyo, bienes que tengas en Inglaterra... Todo eso te pertenece, Ofelia, ¿no has pensado nunca en ello?

—¡Claro que sí! ¿Y qué?

—Si dejases a los Fabesham, lo perderías todo. Y yo no quiero eso para ti, Ofelia. Tú no entiendes bien la situación... Yo soy tan sólo un tipo que alquila su revólver, siempre de un lado para otro... No soy el nombre adecuado para convertirte en su esposa, ni tengo derecho a hacerte perder tu herencia. Lord Fabesham la está administrando ahora, es natural, ya que es tu tutor, y tú no das importancia al dinero ni a otras cosas, porque no te falta nunca nada... Pero conmigo nunca estarías segura de nada. Es mejor que esperes esos meses o años que te falten para que el dinero sea definitivamente tuyo, Ofelia. Y... deberías regresar a Inglaterra. Éste no es sitio para ti.

—¿Has terminado?

—Sí... Sí, he terminado.

—Entonces, te diré que si yo me fuese ahora contigo, igualmente tendría mi herencia, dentro de ocho meses. Nos vamos, volvemos dentro de ocho meses, y le pido todo lo mío a tío Conrad, si eso te ha de tranquilizar.

—No. Vete. Regresa a Inglaterra...

—Muy, bien: regresaré a Inglaterra..., si tú vienes conmigo.

Bart Nash respingó, aterrado.

—¿Cómo? ¿Ir yo a Inglaterra? Pe-pe-pero... no sabes... ¡no sabes lo que me estás pidiendo, Ofelia! ¡Irme lejos de Tejas!

—¿No lo harías por mí?

—¿Te das cuenta? ¡Sé que te vendrías conmigo... si no fueses tan tonto! Pues bien: si tú vendrías conmigo a Inglaterra, ¿por qué no puedo quedarme yo en Tejas contigo? Por el amor de Dios, Bart, no sé cómo decírtelo: es lo que quiero, quedarme contigo. Y no quiero esperar ocho meses: quiero estar contigo ahora, y mañana, y pasado, y el otro, y el otro... ¿Por qué tenemos que esperar? Sólo tenemos que ir a ver a tío Conrad y decirle que queremos casarnos mañana.

—Me gustaría ver qué cara pondría Lord Fabesham si le dijéramos eso.

—Que ponga la cara que quiera... ¡Y no le llames más Lord Fabesham! Ya no puedo aguantarlo más, Bart, me siento mala cada vez que lo oigo...

—No debes disgustarte tanto, Ofelia... ¿Cómo quieres que lo llame, sino Lord Fabesham?

—Es que él no es Lord Fabesham, se llama, simplemente, Conrad Blackburn. Es un amigo de mi padre, que siempre fue muy estimado en casa, y por eso lo nombró mi tutor en el testamento. Sólo eso, Bart... Pero tío Conrad, ¡qué tampoco es mi tío!, es tan presuntuoso que en cuanto tomamos el barco para venir a América, empezó a hacerse llamar Lord Fabesham, y yo

no me atreví a decirle que no tenía derecho a hacer eso. Y aquí ha continuado igual, engañando a todos, queriendo impresionarlos... ¡Pero él no es Lord Fabesham! Lord Fabesham era mi padre, y lo será nuestro hijo... ¡Nadie más que nuestro hijo!

—¿Nuestro hijo? Ofelia, ya te he dicho que no quiero que te cases conmigo; mereces algo mejor, un auténtico caballero, de esos que deben abundar en Inglaterra. Yo sólo soy un... pistolero de alquiler.

—Como quieras, Bart —susurró Ofelia—. Pensé que... que no querías... dejarme sola.

Pero insistió nuevamente:

—Bart, te lo suplico: vámonos los dos de aquí, lejos.

—No. ¡No! ¡Ahora menos que nunca! Yo me quedé aquí, y me puse sombrero hongo para estar a tu lado, porque sabía que ibas a necesitarme... Todo lo he soportado por ti, Ofelia. ¿Marcharme ahora? No... Mil veces no, Ofelia... Ahora es cuando nadie va a conseguir apartarme de tu lado. Y no huiremos de nada ni de nadie. Yo me voy a quedar aquí, pase lo que pase, por nosotros... por nosotros tres. No quiero nada para mí, pero vosotros dos... lo tendréis todo. Todo lo tuyo. Lo vuestro. Al pequeño Lord Fabesham nadie le quitará nada que no sea suyo... Y me gustaría ver quién intenta algo estando Bart Nash de por medio... ¡Me gustaría ver eso!

—¿Le dirás mañana a tío Conrad que queremos casarnos?

—¿Mañana? No... No, no... Creo que es mejor esperar a que todo esto termine, Ofelia. Intentaré arreglarlo como sea... Antes que nada, todo tiene que estar en paz. Y entonces, iré a ver a... a ese tipo llamado Conrad Blackburn, y le diré... le diré que si vuelve a utilizar el título de Lord Fabesham, le romperé la cabeza. Y ahora...

—Si estás pensando en irte ahora de aquí..., olvídalo —musitó Ofelia, dulcemente.

CAPÍTULO VIII

Hacía ya más de dos horas que había anochecido cuando llegaron los dos jinetes, a todo galope. Incluso en la oscuridad, viendo sólo sus siluetas, un buen jinete podía darse cuenta de lo mal que montaban aquellos dos visitantes. Desmontaron delante del porche casi antes de que se hubieran detenido sus caballos, y sus gritos y exclamaciones llegaron perfectamente al barracón donde esperaban los pistoleros.

—¡Nash! —llamó Lord Fabesham.

—En marcha, muchachos —masculló Bart—; el jaleo ha comenzado. Veamos qué nuevas órdenes se le ocurren a nuestro inteligente patrón. Será mejor que montemos ya... Id vosotros, yo os alcanzo enseguida.

Había visto a Jeremiah, de pronto, haciéndole señas desde una esquina del barracón, y mientras los demás saltaban a sus caballos, él se acercó allí a toda prisa.

—¿Qué quieres ahora, Jeremiah? —refunfuñó.

—Señor Nash —sonrió el negro—, la señorita Ofelia dice que le espera donde ayer.

—Dile que vuelva a la casa. Tengo trabajo ahora.

—Lo supongo, señor Nash. Pero ella dice que no se moverá del granero hasta que usted vaya...

—¡Dile que no puedo ir ahora! ¡Y que no me espere esta noche!

Se alejó rápidamente del negro, saltó a su caballo, quedando sentado de lado, y cuando llegó a la casa sólo tuvo que impulsarse para caer en el porche. El viaje era tan corto que, ciertamente, ni siquiera valía la pena montar a dos piernas.

—¡Nash! ¿No me oyó llamarle? —increduló Lord Fabesham.

—Lo lamento, Lord Fabesham. Se me ha roto una bota y...

—¡No me importan sus botas! ¡Quiero que vayan inmediatamente a Nueces Valley, y aniquilen a todo aquel que se oponga al paso de mis ovejas! ¡Ahora mismo!

—Perdone... No entiendo... ¿A Nueces Valley, ha dicho?

—¡Eso le he ordenado! ¡Todos tienen que ir allí, y darle una lección a esa gente! ¡Si yo digo que mis ovejas pasan por Nueces Valley, es que van a pasar por el mismo centro de Nueces Valley!

Nash quedó boquiabierto de asombro y espanto a la vez, al comprender lo que significaban las palabras de Lord Fabesham.

—¿Ordenó usted que las cinco mil ovejas pasaran por el pueblo? —exclamó.

—¡Naturalmente!

—¡Por Dios...! ¡Usted está loco, Lord Fabesham!

—¿Cómo dice usted? —se interesó incrédulamente Fabesham.

—¡Digo que usted está loco! ¡Eso que ha hecho es una provocación de lo más estúpida que he oído jamás! Pero... pero... ¿es imposible que no se dé cuenta de que metiendo cinco mil ovejas en un pueblo vaquero lo que hace usted es desafiar a todo el mundo? ¡Una, cosa es traerlas aquí por los prados, y otra cosa...!

—¡Basta! Luego hablaremos usted y yo sobre su comportamiento, Nash. Ahora, ¡vayan a buscar mi rebaño! ¡Y quiero que lo pasen por las narices de todos los habitantes de Nueces Valley! ¡Saquen de allá mi ganado haciéndolo pasar por toda la calle principal! Eso es todo Nash: cumplan mis órdenes.

El pistolero no se movió durante unos segundos, mirando todavía a aquel loco. ¿O no estaba loco, sino que, simplemente, su soberbia lo cegaba y le hacía cometer terribles estupideces? ¿Se podía ser tan absolutamente imbécil y engreído?

—Está bien. Lord Fabesham. Vamos ahora mismo...

—¡Jeremiah! —llamó de pronto Lord Fabesham.

El negro quedó como clavado a un lado del porche, por donde había intentado pasar sin ser visto. Se acercó casi temblando a Lord Fabesham, que lo miró con el ceño fruncido.

—¿De dónde vienes?

—Yo... yo-yo-yo... Yo, Lord Fabesham...

—¡Tú eres un maldito esclavo negro! ¡Quiero que me contestes inmediatamente! ¡Y sin tartamudear! ¿Qué hacías por ahí fuera?

—Fui al granero a... ver cómo estábamos de... de provisiones, Lord Fabesham. Mañana había pensado dedicarme a... Bueno, la señorita Ofelia me dijo que podríamos ordenar el granero y tomar nota de todo lo que había allí, para no aburrirme, y yo...

—¿De modo que os aburrís? ¡Muy bien! ¡Pues yo te voy a dar un buen entretenimiento! ¡Pide cualquier arma prestada y ve con estos hombres a por

las ovejas!

El viejo negro retrocedió un paso, a punto de desmayarse.

—¿Yo...?

—¡Tú! ¡Obedéceme!

—Pero Lord Fabesham, soy un pobre viejo, no sé disparar bien, me van a matar...

—¡Wallen! ¡Dele su rifle a Jeremiah!

Wallen se acercó al negro, y le metió en el pecho su rifle, con un golpe seco que casi derribó al gigantesco y fortísimo negro. Pero viejo ya, y con tal miedo en el corazón que las piernas casi no le sostenían.

—Por Dios, Lord Fabesham... Soy un viejo, un criado nada más... No sé pelear...

—Me atrevería a sugerirle que Jeremiah se quedase aquí Lord Fabesham —musitó Nash—. Incluso podría ser una ayuda para usted y las señoras si ocurriese algo mientras nosotros no estamos.

—Mi esposa y mi sobrina están bien protegidas en sus habitaciones, Nash. Y si alguien viniera a importunarnos, cosa que no me sorprendería de gente tan despreciable, yo sabré defender muy bien a mi familia.

Sacó un pequeño revólver de una funda sobaquera, mostrándolo. Nash no había visto nunca un arma como aquélla, ni en forma ni en modelo, pero sí comprendió que con aquel pequeño revólver, Lord Fabesham no podría hacer gran cosa.

—No dudo eso, Lord Fabesham, pero...

—¡Quiero que todos mis hombres defiendan mis intereses, y creo que eso es fácil comprender! ¡Yo atenderé mis asuntos personales si llega el caso, Nash! ¡Y ahora, todos, incluido Jeremiah, salgan de una vez hacia Nueces Valley!

—Está bien —acepto Nash—. Ve a buscar un caballo, Jeremiah.

—Me van a matar...

—Pero ya no te aburrirás —dijo Lord Fabesham.

Nash tomó de un brazo a Jeremiah, le hizo bajar del porche y lo empujó hacia el establo. El negro se fue hacia allá tambaleándose. Los demás montaron a caballo. Britow se acercó a Nash, y masculló furiosamente:

—Me dan ganas de largarme de aquí y, dejar que ese tipo se las arregle como pueda, Nash. Nosotros somos escoria, lo sé, pero el tal Lord Fabesham es el cerdo más puerco que he conocido jamás. Y te advierto que no he olvidado que hizo asesinar a Majors. En cuanto...

—Será mejor que cierres la boca, Bristow.

Éste soltó un gruñido, pero comprendió mejor a Nash cuando se dio cuenta de que Wallen y Rumsey estaban muy cerca de ellos. Jeremiah salió poco después, ya montado, pero casi se cayó de la silla. Nash fue allá, solo, y tras hacerle desmontar, apretó mejor la cincha de la silla. Mientras lo hacía, oía junto a él el entrecocar de los dientes del pobre Jeremiah.

—Ya puedes montar. Y no tengas miedo, yo arreglaré este asunto a mi manera.

—Se-señor Nash, me... van a... a matar...

—No te matarán, si haces lo que yo te digo. Ahora, monta y vamos enseguida con los demás.

Desde el porche, todavía con su revólver en la mano, Lord Fabesham vio partir a todos sus empleados hacia Nueces Valley, a todo galope. Estuvo allá hasta que dejó de oírlos. Y todavía unos minutos más, sonriendo. Se guardó el revólver, y se dejó, caer en la mecedora.

Por fin... ¡Por fin! Ahora, sólo quedaba la parte final, la más dura, pero la más necesaria. Durante unos pocos minutos más, estuvo pensando detenidamente en todo lo que tenía que hacer. Había perfeccionado tanto el plan, que iba a haber más de una sorpresa.

De pronto, se dio cuenta de que se había quedado demasiado ensimismado, y se sobresaltó. Se puso en pie. Sólo se oía el canto de los insectos y aves nocturnas.

Sonriendo fríamente, entró en la casa, y subió a su dormitorio. Entró, y se quedó mirando a Alice, que le esperaba con ropa de dormir, pero levantada, pálida.

—¿Ya? —musitó.

—Sí. Ya, querida.

—Dios mío, Conrad, no lo hagamos... ¡No lo hagamos! ¡No podré soportarlo, jamás volvería a dormir tranquila!

—Hemos hecho un largo camino para esto, Alice. Y ya te dije que no quería hablar más del asunto.

Se fue a un gran arcón, lo abrió, y metió la mano hacia el fondo. Cuando la sacó, tenía en ella un Smith Wesson del 44 grande y poderoso. Un arma muy diferente a la suya, ciertamente. Se acercó a su esposa, y se lo entregó.

—Adelante, querida.

Alice retrocedió un par de pasos, temblando.

—No... ¡No podré hacerlo, no podré, Conrad...!

—¡Tienen que poder! Estamos solos en la casa... ¿No lo comprendes? Todo ha salido bien: nadie ha querido venir aquí a trabajar de sirviente, Nash

y los demás han ido a Nueces Valley, tal como calculé... También he enviado allá a Jeremiah... ¡Estamos solos, y éste es el momento de hacerlo, mientras los vaqueros están matando las ovejas en pleno pueblo, y los hombres se están peleando a muerte...! ¡Éste es el momento!

Colocó el revólver en manos de su esposa, y retrocedió cuatro pasos. Se señaló el brazo izquierdo, entre el codo y el hombro.

—Aquí. Tranquilízate y apunta bien... Tienes que darme en la parte más carnosa, hacia fuera.

—Conrad, no... no voy a poder...

—¡Lo hemos ensayado varias veces, has practicado con este revólver, y sabemos que a esta distancia no puedes fallar jamás el tiro! ¡Hazlo!

Lady Fabesham tragó saliva. Estaba pálida como un cadáver, y todo su cuerpo se estremecía en un violento temblor. Cerró los ojos, y, poco a poco, se fue serenando... Cuando los abrió, Lord Fabesham estaba en el mismo sitio, esperando, silencioso, también un poco pálido. Apartó el brazo izquierdo del cuerpo cuando vio que su esposa alzaba la mano con el revólver. Lady Fabesham estuvo apuntando apenas tres segundos... Por fin, apretó el gatillo.

El estampido debió resonar en toda la casa, ahogando el grito de dolor de Lord Fabesham, que salió girando hacia atrás, hasta caer de bruces en el suelo. Alice corrió junto a él, dejando caer el revólver. Se arrodilló a su lado, de nuevo pálida.

—Conrad... ¡Conrad!

—No te preocupes... Creo... creo que me has rozado el hueso, pero no importa. Está bien así, querida.

—Creí... creí que te había... matado...

—Ya ves que no. Todo está saliendo bien. ¡Dame pronto ese revólver! ¡Ofelia vendrá aquí de un momento a otro!

Se pusieron los dos en pie, y Alice recogió el revólver y lo entregó a su esposo, con, la culata por delante. Lord Fabesham asió el arma, la apuntó al vientre de su esposa, y apretó el gatillo. De nuevo un poderoso estampido, y Alice, empujada por el tremendo impacto del 44, salió disparada violentamente hacia atrás, encogida. Rodó por el suelo antes de quedar tendida de bruces. Entonces, pudo alzar la cabeza, y sus desorbitados, angustiados ojos, se clavaron en los de Lord Fabesham, que, en pie, en el mismo sitio, la miraba satánicamente, apuntándola de nuevo.

—Con... Conrad, ¿qué has... hecho... conmigo...? ¿Por qué? ¿Por... por...?

—Estaba planeado así desde el principio, querida —Fabesham miraba de reojo hacia la puerta, esperando oír los pasos de Ofelia en el pasillo, y verla luego aparecer en el umbral—... Es cierto que quiero matar a Ofelia, pero también quería deshacerme de ti.

—Dios... Di... os... mío...

—Espero que lo comprendas. Muerta Ofelia antes de cumplir los veintiún años, todo tendría que haber sido para nosotros, tal como tú creías que yo lo había planeado. Pero en mis planes no entras tú. Hace ya mucho tiempo que empecé a sentir repugnancia por ti... Ahora, muertas las dos, regresaré a Inglaterra, «apenadísimo», me haré cargo de la fabulosa herencia de mi pupila, y... Bueno, hay muchas mujeres hermosas y jóvenes en el mundo. ¿Para qué te quiero a ti? Te aseguro que no te echaré de menos... Ni siquiera cuando, con la fabulosa fortuna de la estúpida Ofelia, quizá incluso consiga un verdadero título de Lord...

Frunció el ceño, y se quedó mirando hacia la puerta. Por fin, se acercó a ella, y la abrió, asomándose al pasillo. Verdaderamente sorprendido, Lord Fabesham se deslizó hacia el cuarto de Ofelia, y abrió la puerta, de pronto, con la mano izquierda, apuntando ya con la derecha el Smith Wesson en busca de su pupila.

—¡Ofelia! —llamó.

Salió a toda prisa del dormitorio de la muchacha, aturcido por la rabia y el desconcierto. ¿Cómo era posible que Ofelia no estuviera allí?

—¡Ofelia! —volvió a gritar—. ¿Dónde estás?

Bajó a la planta, y salió al porche...

—¡Tío Conrad! —oyó el grito de la muchacha—. ¡Tío Conrad, he oído...!

La vio venir corriendo hacia él, en camión, y encima la bata. Parecía llegar del granero... Un golpe de sangre pareció hinchar la cabeza de Lord Fabesham, le ofuscó. Alzó de nuevo la mano derecha, y apretó el gatillo. El estampido resonó fuertemente en la noche, y Ofelia Carrington se detuvo en seco, se llevó las manos a la cintura, y cayó de rodillas.

—¡Tío Conrad! —chilló la muchacha—. ¡Soy Of...!

Lord Fabesham volvió a disparar. Esta vez, la bala dio a un lado de Ofelia, en el suelo; junto a su rodilla derecha, alzando una nube de polvo que brilló a la luz de la luna. Ofelia se puso en pie, y cuando Lord Fabesham volvió a disparar, la muchacha corría de nuevo hacia el granero, tambaleándose. La bala pasó esta vez por encima de su cabeza, y Ofelia lanzó un alarido de espanto, aumentando la velocidad de su torpe carrera hacia el granero. Cuando desapareció en su interior, Lord Fabesham corría ya hacia allí,

comprendiendo que la distancia había aumentado demasiado para él revólver, y para su mediocre puntería. Llegó jadeando a la puerta, y se detuvo en el umbral.

—¡Ofelia! —llamó—. ¡Es inútil que te escondas! ¡Sal de ahí!

Disparó al interior del granero, a media altura. No oyó nada. Ni un gemido, ni una voz... Nada. Incluso la bala debió hundirse blandamente en algún saco...

Lord Fabesham entró en el granero, lentamente, intentando en vano ver en la oscuridad.

—He matado a Alice, Ofelia —notificó fríamente—. Y nadie va a impedir que haga lo mismo contigo. ¿No quieres saber por qué?

Silencio.

—Te lo voy a decir, Ofelia. Quiero tú dinero... Durante un tiempo lo he estado administrando y he comprendido el gran poder que proporciona. ¿Quieres saber cuánto tienes exactamente en dinero y propiedades, en Inglaterra? Medio millón de libras. ¡Medió millón de libras! Y ese dinero, lo quiero para mí. Hubiese querido matarte en Inglaterra, pero allá podría haber sido todo muy complicado, podría haber despertado sospechas. Por eso quise venir aquí, y me enteré de la cuestión entre ovejeros y vaqueros. Era lo que necesitaba: dos bandos en lucha, para colocarme al lado de uno de ellos. Y el otro bando será el que cargará con la responsabilidad de tu muerte. Te voy a matar con un revólver que puede pertenecer a cualquier pistolero de los vaqueros... Yo estoy herido, y diré que vinieron unos cuantos pistoleros, y nos atacaron a los tres... Esconderé ese revólver donde nadie jamás lo encontrará, dispararé unas cuantas veces con el mío, diré que escaparon después de mataros a vosotras, que yo pude esconderme al fin, herido... ¿Qué te parece mi plan?

Silencio.

—¿Ofelia? Te voy: a encontrar de todos modos... Lo he planeado todo demasiado bien, con demasiado detenimiento e inteligencia para fallar ahora en una cosa tan sencilla como va a ser matarte... Mi provocación a todo el mundo, especialmente a los vaqueros, la compra de las ovejas, la orden para que pasaran por el centro del pueblo y que todos se sintieran enemigos míos... A nadie sorprenderá que alguien haya venido aquí a matarnos... A nadie. Podré regresar a Inglaterra, solo, muy triste... a disfrutar de tu fortuna. Todo lo que tendré que decir es que América es un país salvaje. La pura verdad. Un largo viaje el nuestro, muchas mentiras, muchos cálculos por mi parte, pensar siempre en el mejor modo de hacerlo... Estuve tentado de tirarte

por la borda del barco que nos trajo aquí, pero no me atreví... Demasiado comprometedor. En cambio aquí he conseguido que nadie nos quiera, no sorprenderá a nadie este ataque contra nosotros... ¡Lo he conseguido!

Se calló, y estuvo unos segundos con el oído bien atento pero nada pudo oír. Pensó en ir a buscar un quinqué, pero mientras lo hacía, Ofelia podría escapar del granero...

—No tengo gran prisa querida. Sé que voy a encontrarte. Y te agradezco que te hayas escondido aquí. Cuando encuentren tu cadáver comprenderán que huiste de los pistoleros que nos atacaron... ¿Sabes lo que haré después de enterraros a Alice y a ti? Lo venderé todo, diré que me han vencido, que no quiero saber nada de América... ¿No es admirable lo bien que lo he planeado todo? Puedo...

Oyó un ruidito, de pronto, y disparó hacia allí. Pero tampoco esta vez oyó gemido alguno, ni siquiera un sollozo, o un respingo de miedo.

Durante más de tres minutos, Lord Fabesham no se movió, mirando a todos lados. Sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, y el rayo de luna que entraba por encima de él, por la alta ventana de la fachada del granero, le ayudaba a ver aún mejor. Y de pronto, algo brilló precisamente en aquel rayo de luna cuadrado, amplio. Algo que caía del techo... Paja. Briznas de paja. Unas cuantas de ellas pasaron silenciosamente hacia el suelo, desde arriba...

Lord Fabesham alzó la mirada, y vio el altillo. Se echó a reír, de pronto. ¿Cómo no se le había ocurrido? Se deslizó hacia la vertical escalera hundida en el suelo y clavada en el borde del altillo, y emprendió el ascenso. No se molestó en hacerlo silenciosamente, y sonrió al oír entonces la ahogada exclamación arriba, el frotar de paja con paja... Comenzó a reír de nuevo, con más fuerza.

—¡Ya te he dicho que es inútil, Ofelia! —exclamó alegremente—. Estás acorralada, querida.

Acabó de subir al altillo, pero ya antes, apenas sacar la cabeza por encima de las tablas, vio la pequeña ventana del fondo, abierta, y fuera, el agudo grito de miedo de Ofelia Carrington.

—¡Maldita seas...!

Volvió escaleras abajo, y salió a toda prisa del granero. Lo rodeó, y todavía llegó a tiempo de ver la sombra blanca de la muchacha corriendo hacia el grupo de álamos. Alzó la mano, y disparó una vez más. Oyó claramente el grito de la muchacha, y la vio caer de bruces.

—¡Ahora te tengo...!

Iba a echar a correr tras ella cuando, al mismo tiempo, oyó el galope de un caballo, y la voz de un hombre, fuerte, poderosa, restallando secamente:

—¡Conrad Blackburn!

Se detuvo en seco, y se volvió, estremecido de espanto, porque había reconocido la voz. Vio al jinete lanzado hacia él, alzó el revólver, y disparó... El caballo relinchó, sus patas delanteras se doblaron, y el jinete salió despedido fuertemente por encima de la cabeza del animal, describiendo una larga trayectoria en el aire. Lord Fabesham lo vio rodar por el suelo, y comenzó a caminar hacia allí, dispuesto a rematar a Nash. Primero era aquello, luego ya se encargaría de Ofelia. Pero Bart Nash ni siquiera se estuvo quieto un segundo. No quedó tendido en el suelo, como esperaba Lord Fabesham, sino que, tras dar un par de vueltas, quedó de pronto en pie, su mano derecha se movió velozmente, algo brilló en su mano, y Lord Fabesham gritó cuando, al querer disparar, comprendió lo que estaba sucediendo, y vio a Nash muy pequeño, reducido, encogido, casi acuclillado...

¡Pack!

El alarido de Lord Fabesham fue muy diferente ahora, al recibir la bala en pleno pecho. El tremendo empujón lo derribó, le hizo dar una vuelta hacia atrás, lo dejó de rodillas...

¡Pack!

Otro fogonazo brilló allá donde estaba el encogido pistolero profesional, y otra bala del cuarenta y cinco empujó a Lord Fabesham hacia atrás, por el centro del pecho, haciéndole dar un par de vueltas esta vez. Sin saber cómo, se puso en pie, quedó erguido... Es decir, él no sabía ya nada. Quien no podía comprender aquello era Bartholomew Nash, que volvió a disparar... contra un cadáver.

¡Pack, pack, pack...!

El cadáver de Conrad Blackburn recibió las tres balas que ya no eran necesarias. En realidad, cuando recibió la primera estaba cayendo hacia delante, todo lo que ocurrió fue que aquella bala le sujetó. La segunda volvió a colocarlo erguido y la tercera lo derribó aparatosamente de espaldas.

Otro jinete apareció, procedente de Nueces Valley, pero Nash no le hizo el menor caso. Corrió hacia donde estaba Ofelia, y se arrodilló junto a ella.

—¡Ofelia, Ofe...!

La muchacha se abrazó a él, llorando desgarradamente, y Nash correspondió al abrazo, temblando. Su mano derecha se mojó con aquel líquido pegajoso, y se estremeció. Apartó a Ofelia, notando el rostro frío,

sabiendo que estaba palidísimo. También ella lo estaba, y Nash sintió que todo su cuerpo se congelaba, se convertía en hielo.

—Ofelia —gimió roncamente—. Ofelia, mi amor...

—No... no es nada, Bart. ¡No es nada! Creí... creí que nunca volvería a verte...

Jeremiah llegó por fin, desmontó torpemente, y acudió junto a ellos, temblando más que nunca.

—Señorita Ofelia —comenzó a llorar—... Santo Dios, señor Nash, ¿qué... ha pasado...?

—Aún no lo sé, Jeremiah; Todo lo que puedo decirte es que Lord Fabesham quería matarla.

—¡Santo Dios!

—Estoy bien, Bart —insistió Ofelia—... ¡Estoy bien!

El pistolero alzó a la muchacha en brazos y comenzó a caminar hacia la casa. Jeremiah caminaba junto a ellos, aturdido, hablando sin descanso, como si ello fuera sacándole el miedo del cuerpo...

—El señor Nash me dijo que no fuese allí, señorita, y me dejó esconderme por aquí... El señor Nash es muy bueno, si... Él no quiso que matarán al viejo Jeremiah. Y oí disparos en la casa cuando estaba escondido... Tuve tanto miedo que me fui a buscar al señor Nash. Él es muy bueno, sí. Lo fui a buscar porque tuve miedo, y él vino enseguida... ¡Cómo ha hecho correr a su caballo! El señor Nash...

Siguió hablando, hablando, hablando... Pero se calló de pronto cuando, al dejar Nash a Ofelia en su cama, vio la gran mancha de sangre en el costado de la muchacha. Nash arrancó parte de la ropa, a tirones... Y cuando vio la herida, lanzó un fortísimo suspiro y el color volvió a su rostro.

—No es nada, ¿verdad? —tembló la voz de Ofelia.

—No... No lo creo.

—Ya te lo he dicho... Tuve que saltar por la ventana del granero... ¿La recuerdas? Tú saltaste anoche, para abrir la puerta.

Bart Nash tragó saliva.

—Iré a buscar un médico a Nueces Valley. Estaré de vuelta en diez minutos... Jeremiah, busca vendas en la casa, o algo limpio; y quédate con la señorita... Tienes que cuidar que no sangre más... ¿Comprendes bien?

—Sí, señor Nash.

—Bart, no te vayas ahora —suplicó Ofelia.

—Tengo que hacerlo, Ofelia. La gente se está matando en Nueces Valley, y tengo que decirles que muerto ya Lord Fabesham, la pelea no tiene objeto.

Y sobre todo, tengo que traerte enseguida un médico.

—Él lo planeó todo, Bart... Quería matarme, ha matado a tía Alice...

—Luego me lo contarás... ¡Ahora tengo que arreglar las cosas antes de que no quede nadie vivo! Vuelvo en diez minutos... Y, por favor, —tembló un instante su voz—: no vayas a morirte, Lady Fabesham.

—¿Me quieres?

Bart Nash sonrió, y besó los sonrosados labios de Ofelia.

—No estoy seguro... Lo pensaré durante el camino.

* * *

Para llegar al centro del pueblo, tuvo que pasar por entre grupos de ovejas diseminadas por todas partes. Docenas de estos animales yacían muertos rodeando todo Nueces Valley, y también la calle estaba llena de ovejas muertas. El rebaño se había esparcido, dejando casi una quinta parte de animales muertos o heridos, mientras los hombres, los dos grupos de pistoleros, continuaban su lucha en la calle principal. En una acera se veían dos hombres muertos, y otro en la de enfrente. Desde tejados, porches y ventanas el tiroteo continuaba, ahora más espaciado, más cauto y más preciso. Todavía flotaba la gran nube de polvo alzada por las cinco mil ovejas, hasta el punto de que las luces de gas keroseno apenas servían de nada. Era todo como una mancha amarillenta, sucia, espesa...

Así estaban las cosas cuando Bart Nash entró en Nueces Valley, por el centro de la calle, llevando en alto su rifle, en cuyo cañón había atado un pedazo de sábana del dormitorio de Ofelia.

—¡Malcom! —gritaba—. ¡Alto el fuego! ¡Qué nadie dispare ya más! ¡Malcom Mc Coy!

En lo alto de un tejado, Malcom Mc Coy desvió el rifle con el que uno de sus hombres estaba ya apuntando a Bart Nash, y se incorporó, revólver en mano.

—¡Qué nadie dispare! —ordenó también—. ¡Quieto todo el mundo!

Nash se volvió hacia allí, agitando su bandera blanca.

—¡Malcom, quiero hablarte!

Los disparos habían cesado. Y de pronto, al ocurrir esto, la calle quedó sumida en un silencio sorprendente, total, que a todos les pareció extraño, y casi siniestro.

—¿Qué es lo que quieres, Bart? —gritó Mc Coy.

—¡Baja de ahí!

Mc Coy frunció el ceño, pero sólo un instante. Enfundó su revólver, saltó del tejado al porche, y desde allí se descolgó a la calle con una agilidad sorprendente. Bart Nash desmontó, y se acercó a su, colega, siempre con la bandera blanca en alto.

—Has tenido una buena idea —sonrió Mc Coy—. Pero me sorprende en ti, Bart. ¿Os rendís? ¿Os dais por vencidos? ¿Tú te das por vencido?

—La pelea ha terminado. Mañana mismo nos llevaremos las ovejas de aquí, para siempre. Tienes mi palabra, Malcom.

—Oh, yo te creo, muchacho... Pero no comprendo nada. ¿Te ha ordenado ese chiflado del sombrero de copa que os rindáis?

—Lord Fabesham ha muerto. Lo he matado yo. Malcom, es todo lo que puedo decirte ahora. Eso, y que necesito un médico.

—¿Estás herido? —sonrió Mc Coy—. ¡Caramba, eso será digno de verse! ¡Y no me digas que fui yo quien pudo acertarte...!

—El médico no es para mí.

—¡Vaya desilusión! ¿Para quién es?

—Para ella.

—¡Hey, tienes que contarme eso! —le pasó un brazo por los hombros, y señaló hacia la casa del médico—. Y tienes tiempo de hacerlo mientras vamos a buscar al doctor.

El gesto de Malcom Mc Coy fue definitivo. Los pistoleros comenzaron a aparecer por todas partes, guardando sus armas. Para ellos aquello era una broma pesada, pero si Mc Coy decía que la pelea había terminado, por el simple hecho de abrazar a Nash, pues... era que la pelea había terminado.

—No tengo tiempo de nada, Malcom —sonrió Nash—... Pero estás invitado a la boda. Enterremos los muertos, Malcom. Y curemos a los vivos... ¿Crees que todavía estarás aquí dentro de una semana?

—No tengo ninguna obligación de estar en otro sitio. Desde luego, yo tengo una vista especial para la gente, lo sé... ¡Siempre he ido diciendo por ahí que Bart Nash es un chico formidable!

ESTE ES EL FINAL

—El señor Brown ha estado muy contento de ser uno de los testigos, Bart.

—Sí... Se veía muy feliz. Espero que no te haya molestado el otro, Ofelia.

—No... Pero ese Malcom Mc Coy es... un hombre terrible, ¿verdad? Es feo, malencarado, tiene aspecto de rufián... Tienes unos amigos muy curiosos, Bart.

—¿Eso piensas? Pues debo decirte que más rara eres tú, que te has casado con un pistolero profesional.

—No tendrás tiempo para dedicarte a eso —rió Ofelia—. Todo este rancho, tan grande, y las vacas que pensamos comprar, y cuidar con mi dinero, atender al pequeño Lord Fabesham... No creo que tengas tiempo de andar por ahí revólver en mano, Bart.

—Sí —frunció el ceño Nash—... Y comprendo muy bien por qué Malcom me miraba irónicamente. Me parece que estará riéndose de mí durante mucho tiempo.

—¿Estás... arrepentido? —musitó Ofelia.

Nash se acercó al lecho, y besó en los labios a su flamante esposa.

—Desde luego —dijo después de besarla.

—¡Bart! ¡Pero si nos hemos casado hace cinco o seis horas nada más...!

—Pues de eso estoy arrepentido: de no haberlo hecho antes.

—Oh —se sonrojó Ofelia, felicísima.

Nash salió a toda prisa del dormitorio, y regresó apenas un minuto más tarde. Ofelia se quedó mirándolo atónita.

—¡Bart! ¿Qué piensas hacer con ese sombrero de copa?

—Bueno... He pensado que hasta que nazca el pequeño Lord Fabesham, alguien tiene que representarlo con dignidad, y me pregunto quién puede hacerlo mejor que su padre... ¿Vamos, Lady Nash?

FIN